

# La Ilustración Artística

AÑO XXIV

← BARCELONA 12 DE JUNIO DE 1905 →

NÚM. 1.224

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París



El primer saludo del rey D. ALFONSO XIII, al salir de la estación del Bosque de Boulogne. (De fotografía de León Bouet.)

## SUMARIO

**Texto.**—Crónica de teatros, por Zeda. — *Un caso de amor*, por Noguera Oller. — *Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París.* — *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación).

**Grabados.**—*Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París.* *El primer saludo del rey al salir de la estación del Bosque de Boulogne.* — Dibujo de E. S. Hope que ilustra el artículo *Un caso de amor.* — Algunas de las obras expuestas en los Salones de París de 1905: *El aprendiz*, escultura de P. Roger Bloche. — *La duquesa de Chateauroux*, cuadro de V. de Paredes. — *Pilluelo de París*, cuadro de A. Bisson. — *El hierro que da pan*, escultura de Lecomte de Nouy. — *Martes de Carnaval en París*, cuadro de F. Houbron. — *Huérfaña*, cuadro de M. Loffredo. — *Sol de tarde.* — *Estío*, cuadros de Joaquín Sorolla. — Veinte vistas fotográficas del viaje y estancia de S. M. el rey D. Alfonso XIII en París. — *Guerra ruso-japonesa. Un episodio de la batalla de Mukden*, dibujo de F. Matania. — *La escuadra de Rojstvensky tal como era antes de la batalla naval del estrecho de Corea.* — *El acorazado «Mikassa» buque almirante de Togo.* — *El almirante Togo á bordo del «Mikassa».* — *Copa ofrecida por el emperador de Alemania para la prueba llamada «Copa imperial del Océano».* — *El yate americano «Atlantic» ganador de la copa del emperador de Alemania en la travesía á la vela del Atlántico, desde Sandy-Hook (América) hasta el cabo Lizard (Inglaterra).*

## CRÓNICA DE TEATROS

Mucho temía yo que presentar en la escena á Don Quijote había de ser algo así como sacar á la vergüenza al caballero de la *Triste Figura*. Por esto con impaciencia, no exenta de cierta emoción, esperaba, la noche de la función de gala, á que comenzase la representación del primero de los tres cuadros sacados de la novela inmortal por Sellés, los Quintero y Ramos Carrión.

Para describir el aspecto que en aquella solemnidad ofrecía la sala del «regio coliseo» quisiera tener la pluma de *Mascarilla ó Montecristo*, exquisitos narradores de las fiestas del gran mundo, y conocedores, como ellos solos, de la vida y milagros del Madrid aristocrático. Estaban allí aquella noche el rey, la infanta Isabel, los altos dignatarios de palacio, los ministros, los funcionarios de más campanillas, las aristocracias de la sangre, del dinero y del talento, la flor y nata de cuanto esta villa y corte contiene de más brillante y distinguido. Por todas partes uniformes, penachos, bandas, cruces y veneras. Los que no teníamos ni un cintajo con que adornar la solapa de nuestros modestos fraques, nos sentíamos un tanto cohibidos y casi casi avergonzados.

Y yo pensaba contemplando todos aquellos «paramentos, bordaduras y cimera», que tanta gala, rumbo y ostentación era para honrar á aquel pobre aventurero que tuvo que sufrir, en calidad de criado, las impertinencias de Monseñor Julio de Aquaviva; que compartió rancho y camastro con la chusma de la galera *Marquesa*; que pasó sabe Dios cuántas miserias en los baños de Argel; que tuvo luego para no morir de hambre que apechugar con el odioso cargo de recaudador de tributos; que rodó por cárceles y posadas, y que, en fin, vivió y murió pobre, sin que sus contemporáneos se percatasen de que aquel manco de remendadas calzas, raído ferreuelo y dostaconados borceguies había de ser, andando el tiempo, para España su orgullo legítimo y su gloria imperecedera...

Y se alzó el telón y vimos á D. Quijote, representado muy artísticamente por Fernando Díaz de Mendoza, comiendo truchuela en aquella venta que él imaginaba ser castillo, asistido por la Tolosa y la Molinera, y sirviéndole de escanciador, con auxilio de una caña, al socarrón del ventero, graduado en las academias de «los percheles de Málaga, islas de Riarán, compás de Sevilla, Arogejo de Segovia, la Olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, potro de Córdoba y las ventillas de Toledo.»

Yo seguí con interés todos los incidentes de la vela de las armas, de la batalla con los arrieros y de las ceremonias con que fué armado caballero Don Quijote, y sentí honda emoción cuando el ingenioso hidalgo, cabalgando en Rocinante, embrazando la adarga y empuñando el lanzón, salióse gentilmente de la venta, ganoso de aventuras y ardiendo en deseos de enderezar tuertos, desfacer agravios, amparar doncellas y socorrer menesterosos.

¡Oh pobre D. Quijote, imagen lastimosa de nuestra España! También ella salió un día de su viejo solar á recorrer los campos de Europa y América, llenó el corazón de ensueños de gloria y llevando á todas partes su fe, su ciencia, su arte y su civilización, y volvió tras de hazañas estupendas quebrantados los huesos, acardenaladas las carnes, desfallecido el ánimo, á buscar humilde sepultura en su árida y esquilada heredad. ¿Habrás muerto para siempre D. Quijote? ¿No hará su tercera salida? ¿Será posible que duerma para siempre tendido en la fue-

sa la gala de la caballería y el dechado de toda gentileza?

Con igual interés y con la misma emoción que el cuadro de la venta, vi después la aventura de los Galeotes, admirablemente dramatizado por los hermanos Quintero, y el duelo de D. Quijote y Sansón Carrasco en el bosque, arreglado á la escena por Ramos Carrión.

Fué aquella para mí una gran noche, noche en que sentí agitado mi corazón por esas dos grandes corrientes de entusiasmo que se llaman amor al arte y amor á la patria.

No sé hasta qué punto reinará en otros públicos el espíritu de imitación, lo que sí puedo decir es que aquí, en Madrid, son innumerables los borregos de Panurgo. Tres cuartas partes de las personas que asisten al teatro, no van á la función por propia iniciativa ni por deseo de divertirse, sino porque las tres ó cuatro personas que ejercen el cacicato de la moda así lo disponen ó decretan. Lo primero que tiene que hacer cualquier empresa para asegurarse uno ó dos días de moda, es dirigirse á las susodichas personas y rogarles que encabecen un abono. Conseguido esto, las demás, como los borregos de Dindenaut, echan á andar detrás del cencerro que los guía. Poco importa que el espectáculo sea regocijado ó aburrido, serio ó grotesco, triste ó alegre. ¿Van los que guían?, pues detrás irá el vulgo más ó menos distinguido.

No hace mucho una dama linajuda se propuso llevar á los corderitos, una vez á la semana, al circo de Colón, que ya no existe, y en efecto, durante una larga temporada, fueron los viernes de Colón el *rendez vous* de lo más escogido de la buena sociedad madrileña. La gente aristocrática, muy dada á poner mote, puso á aquella distinguida señora el sobrenombre de *Isabel la Católica*...

—¿Por qué la llaman así?, hube de preguntar á uno de los que estaban en el secreto.

—Porque es la protectora de Colón, me contestó.

La compañía italiana que actualmente funciona en el teatro de la Comedia, ha acudido también al socorrido expediente de los días de moda y ha podido obtener la *concesión* de un sábado blanco. Ese día se llena el teatro. Las obras suelen parecer á la escogida concurrencia sosas y aburridas, pero la sala parece esas noches un ascua de oro. A los sábados blancos va buen golpe de muchachas casaderas, á quienes sus madres, y hacen muy bien, no quieren exponer á que vean obras que no sean castas y morales. Las que los sábados se representan no suelen oirse; el zumbido de la sala ahoga la voz de los actores, y las miradas sólo por casualidad se fijan en el escenario. Este desvío contraría bastante á los artistas, pero solamente soportándolo han podido defenderse los que componen la compañía italiana.

El otro público, el que va al teatro á ver la función, brilla ahora en la Comedia por su ausencia. Los actores y actrices italianos son excelentes, Teresa Mariani y Ettore Paladini son notabilísimos artistas; pero ni por esas: la gente no acude. Únicamente se anima algo el teatro la noche en que el cartel anuncia una obra subida de color. Por esta razón la compañía de la Mariani ha abusado del género atrevido, y dado á conocer en Madrid *vaudevilles* tales como *La passerelle*, *In bocca al supo* y *Nouveau jeu*, de los cuales lo mejor es no hablar.

Muy distinta de estas obras que tienen por objeto hacer reír aun á costa de la decencia, es el drama de E. Becque, titulado *Les courbeaux*. Si el público que asistió á la representación de *Los cuervos* fué al teatro aquella noche creyendo que iba á pasar unas horas de agradable esparcimiento, se equivocó de medio á medio. Y no lo digo porque la comedia de Becque no sea merecedora de la fama que tiene entre los franceses, sino por la impresión tétrica y deprimente que aquellas escenas, en su mayor parte muy reales, dejan en el ánimo de los espectadores, aun de los menos propensos á la tristeza.

La obra, acabo de decirlo, es un doloroso realismo. En ella se nos presenta el caso de una familia que vive con lujo, que se ve halagada y envidiada, y que de repente, por la muerte del jefe de ella, se encuentra sumida en la estrechez y más tarde en la miseria. Casos como este se ven todos los días. ¡A cuántas señoras y señoritas vimos ayer figurando en las esferas elevadas de la sociedad y las vemos hoy víctimas de la miseria material, y á veces de lo que es peor, de la moral. Porque en estos países latinos no se educa á la mujer de las clases elevadas para que en caso de necesidad se baste á sí misma; se la educa para que pueda brillar en los salones, para que sepa mantener con distinción el rango de un esposo rico, pero no se la pone en condiciones de que, si lo ha menester, pueda ganarse honradamente la vida.

La señora de Viguerón, madre de tres hijas jóvenes y lindas, recibe en el momento de disponerse á celebrar un banquete para festejar el matrimonio de una de ellas con un joven llamado San Genis la noticia de que M. Viguerón acaba de morir, víctima de un ataque cerebral. Con la muerte del jefe de la casa empieza para la familia un verdadero calvario. Ni la viuda ni sus hijas tienen energía ni práctica de la vida bastante para salvar su escaso caudal de las garras de «los cuervos» que tratan *legalmente* de despojarlas. Sus escasos recursos se deshacen como sal en el agua, y para colmo de desgracias, Blanca que, como he dicho, estaba para casarse, oye de labios de la madre del joven San Genis que éste se niega á cumplir su palabra.

No es esto solo: antes de la escena entre Blanca y la madre de su prometido, escena que hace perder la razón á la desventurada joven, un Sr. Teissier, antiguo socio del difunto Viguerón, y después cuervo de su herencia, viejo y avaro, con sus puntas y ribetes de sátiro, asedia con indigna solicitud á María, otra de las huérfanas, que indignada le rechaza.

Cualquiera creería que Becque había apurado ya todo el color negro de su lúgubre paleta. No es así; para el último acto le queda abundante repuesto de horrores y tristezas. Pocas escenas dejan en el ánimo del espectador impresión tan amarga y dolorosa como la escena del desayuno en el miserable cuarto adonde ha ido á parar la infortunada familia de Viguerón. Allí vemos á Blanca en estado de repugnante idiotez, devorando con gula bestial su pobre alimento, mientras sus dos hermanas y su madre, enlutadas toman entre lágrimas y sollozos su frugal desayuno...

Al fin y á la postre María tiene, para salvar á los suyos de la espantosa miseria que les rodea y que amenaza con ser todavía mayor, que entregar su mano al sátiro avariento, uniendo su lozana juventud á la decrepita existencia de Teissier.

Este sombrío drama fué estrenado en París cuando estaba en todo su apogeo la moda del naturalismo, y su autor, siguiendo los cánones de la entonces flamante escuela, puso todo su empeño en copiar, más que la realidad, lo negro y odioso que esa realidad encierra. Becque, como todos los partidarios del naturalismo, era pesimista, y para mostrar la verdad de su tétrica concepción de la vida, amontonó en torno de la familia de Viguerón maldades, infamias y codicias, que existen ciertamente en el mundo, mas por fortuna, esparcidas y diseminadas, y sólo por excepción constituyen, como en *Los cuervos*, una falange compacta.

El efecto que el drama de Becque produjo en el público fué de repulsión y de fatiga. La compañía de la Mariani no ha vuelto á representarlo, y ha hecho muy bien: no hubiera ido nadie á verlo.

Los demás teatros están ya en sus postrimerías. Los artistas de Lara hacen la maleta para emprender su *tournee* veraniega; la Zarzuela supongo que cerrará pronto sus puertas, y solamente las tendrán abiertas durante lo que resta del mes de junio Apolo y el Moderno.

El primero de estos dos teatros se desquita ahora de las malas noches del invierno, con la revista titulada *El perro chico*, ni mejor ni peor que tantas otras obrillas del mismo género, llenas de incongruencias, de chistes de tirabuzón y de grotescas payasadas.

Al público, sin embargo, aquello le parece de perlas y llena todas las noches el teatro de la calle de Alcalá. Un aficionado á chistes de mal gusto decía que ese *perro chico* ha de ser padre de una millonada de *perros grandes* para la empresa de Apolo.

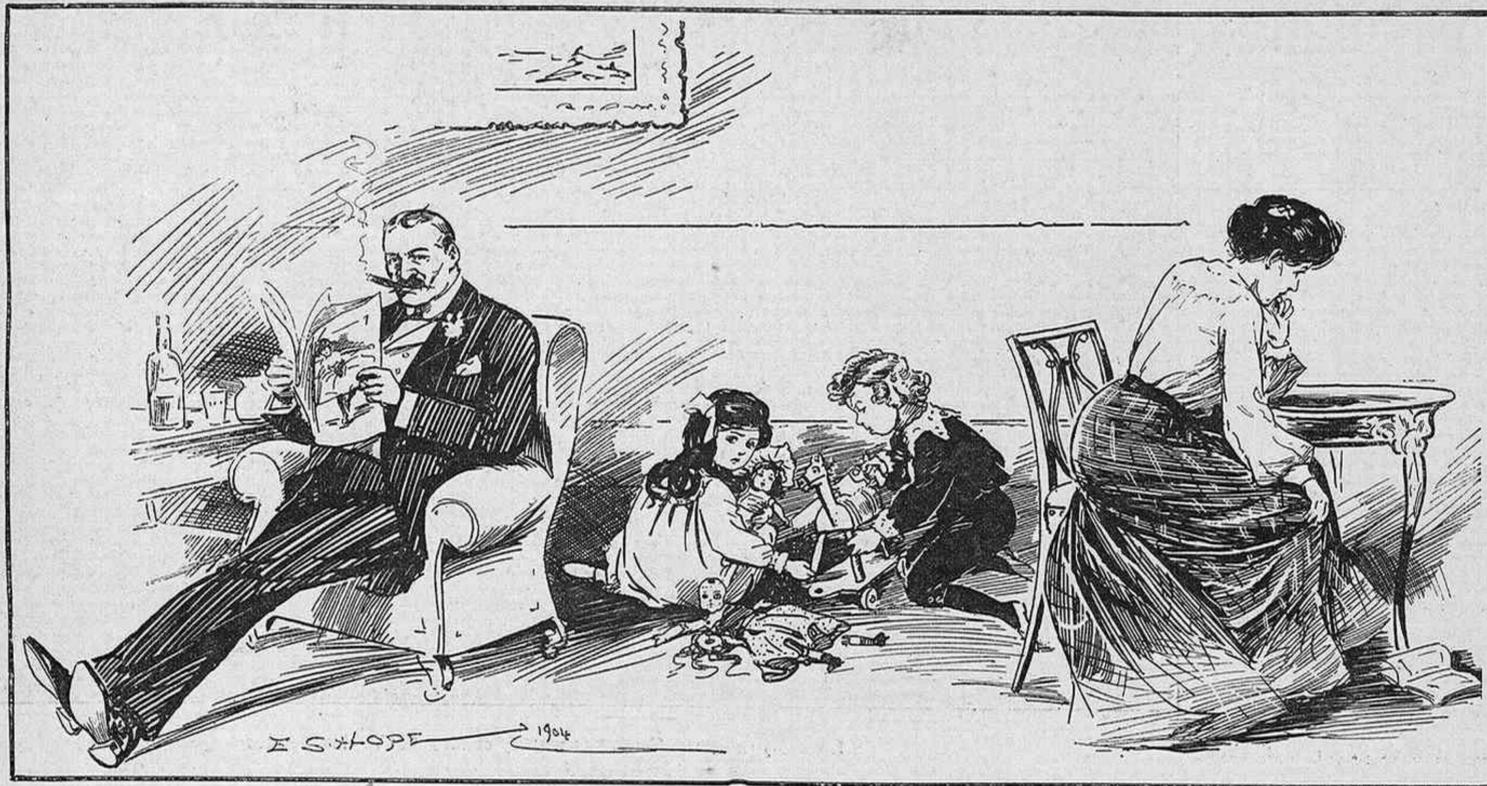
Comparte con éste el favor de los partidarios del teatro por horas el Moderno, donde Loreto Prado sigue haciendo derroche de su gracia y de su talento inimitables. A Loreto no le hacen falta obras. El público, haga las obras que haga, va á verla á ella. Recientemente la *crema* de Madrid ha decidido reunirse un día á la semana en el antiguo teatro de la Alhambra.

En esto da la gente distinguida una prueba de buen gusto. El trabajo de Loreto Prado será durante estos meses de verano el único verdaderamente artístico que podrá verse en Madrid.

Para terminar esta crónica daré una buena noticia á los lectores: Rosario Pino, á quien una insistente enfermedad ha tenido alejada durante varios meses de la escena, ya de todo repuesta ha vuelto á pisar las tablas del teatro.

Los triunfos en la Coruña son anuncio de los muchos que le aguardan en los demás teatros de España, que en todos tiene legiones de admiradores la linda cuanto excelente actriz.

ZEDA.



Y Montemar, apoltronándose en la butaca, se entrega á un silencio tan indecente como el periódico que tiene abierto en sus manos

### Un caso de amor, por Nogueras Oller

Quisiera daros una idea exacta del Sr. Montemar. Es un hombre alto, grueso y de mirada severa. Usa traje de negro-azul, chaleco blanco y no descuida detalle que pueda hablar en bien de su pulcritud y buen tono. Pero como sea que el escritor debe dotar de cuerpo y alma á sus personajes, me encuentro en el crítico y extraño caso de no poder completar la persona de Montemar por mostrar en este instante en que os hago su presentación un carácter tan reñido con su proverbial buen humor y ductilidad, que francamente sospecho que haya perdido el alma tras las negras preocupaciones ó celos que de un tiempo á esta parte le transfiguran, endureciendo su mirada. Rota la placidez de su vida tranquila, se ha vuelto caviloso, severo, y si marchásemos todas las noches pegados á su sombra, quizás nos escandalizáramos alguna que otra vez; sin embargo, aunque reflejo de miserables realidades, Montemar no deja de ser hijo de mi fantasía, y bueno será que como padre trate de aminorar sus defectos.

Yo que he conocido á nuestro hombre en sus buenos tiempos, invito á mis lectores á que se extrañen y lamenten conmigo de que en el transcurso de la vida ocurran cambios inesperados, misterios y pesares ocultos, que dan al traste con la felicidad y buenas costumbres de los hombres, sumiendo en desesperación y malestar continuo á familias que fueron ejemplares en amor é idealidad.

Dante nos introduce en un infierno estruendosamente horrible. ¿Queréis introducirnos en otro infierno horriblemente silencioso? ¿Os agrada el contraste? Imaginaos la casa de Montemar y ved á la sin ventura, á la pálida y triste Luisa, condenada á todos los desprecios, á todas las infidelidades del esposo, sufriendo sin saber por qué las crueldades de un algo que ignora, heroicamente fortalecida por una vaga esperanza y por su amor maternal.

Ella sufre, ella se desespera, silenciosa, en el infierno de hielo de su casa, sin alzar la voz para no desvanecer el dulce encanto de la infancia de sus hijos.

Y Montemar, aunque trata de aparecer envuelto en la aureola de serenidad imperturbable que antes le caracterizaba, vive en continuo sobresalto como si la traición se cerniera sobre su cabeza. Intenta olvidar y frecuente lugares que le abisman en desesperaciones atroces. Quiere aparecer frío, despreocupado, y su silencio es un anatema que fulmina en sus ojos...

Acontece, sin embargo, con la mayoría de estos dramas de familia, los cuales se desarrollan á telón tirado, que llega un día en que rompiéndose el silencio conyugal toman toda su fuerza, todo su relieve trágico...

Y Luisa, cansada de portarse humilde y cariñosa con él, como si Montemar fuera el Manuel de aque-

llos tiempos de gloria, en que entre rendido y victorioso tenía algo de jugueteón y suave en la mirada y un criadero de besos y sonrisas bajo su fino y rizado bigote; Luisa, pues, harta de sufrir humillaciones y tormentos, terminada la comida ha hablado con imperio:

—Eres un mal hombre; abusas de mí y de tus hijos... ¡Bueno será lo que aprendan de ti!.

La boca de Montemar aumenta en desprecio y dice con el mayor sarcasmo:

—¡Mis hijos!..

Y Montemar, apoltronándose en la butaca, se entrega á un silencio tan indecente como el periódico que tiene abierto en sus manos.

Luisa arranca en un sollozo profundamente desgarrador, cayendo de codos sobre la mesita que absorbe todas sus lágrimas. Y la tierna niña, la angelical Teresa de sus amores quizás desvanecidos, abre los ojos desmesuradamente, abrazando á su muñeco como si quisiera librarle de un peligro inmediato.

Montemar tira el periódico con fuerza, y levantándose abandona el comedor, visiblemente irritado.

\* \*

Suena el timbre de la puerta y pronto aparece la muchacha en el comedor anunciando la visita de Luisilla Suárez.

Luisa seca sus ojos enrojecidos por el llanto y pasa al saloncito de sus más íntimas recepciones.

Luisilla está ebria de contento; da palmadas y dice á su amiga echándole sus brazos al cuello:

—¡Victoria!.. ¡El amor triunfa y tú vas á felicitarme como mujer enamorada!.. Mis padres se han cansado de hacer el ridículo...

—Me alegro. Has sufrido tanto... ¿Y Enrique?

—¡Figúrate!.. Loco: ¡como que nos casamos dentro de dos meses!..

—¡Ah!..

—¡Mujer y cómo has cambiado!.. Pensaba entusiasmarte. ¡Bah! Casi estoy convencida de que la mayoría de matrimonios os volvéis fríos y prosaicos con el tiempo... Todos, todos, todos sin excepción, os revestís con el gesto reflexivo y grave de los filósofos griegos...

Y levantándose graciosamente nerviosa, se sienta al piano y arranca de sus teclas una sonata pasional, que interrumpe diciendo con toda su alma de niña enamorada:

—Pero ni Enrique ni su Luisa cambiarán... Nos amaremos siempre; siempre con el mismo ardor; sin dudar el uno del otro... ¡Vaya, que siempre seremos los mismos!..

Y corriendo á sentarse en el sofá, muy cerca de su amiga, le pregunta tímida y suavemente:

—¿Y mis cartas?.. Vas á devolverme sus cartas...

¡Con qué gusto voy á guardarlas en mi mesita!.. Ahora ya estarán seguras: mi padre ya no es inquisidor...

—¡Tus cartas!.. ¡Tu aromoso paquetito de cartas! Hasta el presente han servido de consuelo y esperanza para las mías... ¡Las desdichadas cartas mías! Ahora quedarán solas entre flores secas y sin olor...

Y sacando aquéllas de un precioso secreter de ébano, las entrega á su dueña.

—¡Lloras!.. Vas á decirme qué tienes... Tengo derecho á saberlo...

—Nada. ¿Para qué preocuparte?.. Todo pasa en este mundo.

A no estar las dos Luisas muy preocupadas, cada una en sus cosas, tan diversas por cierto, habrían oído como un suspiro dolorosamente profundo; no se dieron cuenta de ello, como tampoco del extraño temblor que sacudía á intervalos los enormes pliegues de la pesada cortina.

Hablan largamente y Luisilla, al despedirse, pregunta mientras besa á su amiga:

—¿Las ha visto él?

—¿Mi marido? Te juré que no las enseñaría á nadie. Y Manuel respeta mis cosas, porque sabe que no tengo secretos para él... le he dado pruebas... Debes estarme muy agradecida, porque mi sacrificio ha sido largo y penoso... toda mi vida me pesará de haber abusado de su confianza...

—¡Oh, gracias, gracias!.. Ya lo esperaba de ti... ¡Son tan íntimas, tan atrevidas!.. ¡Se habría reído tanto de nosotros!..

\* \*

Luisilla, alegre y ligera como un pájaro, ha subido al cupé, que ha partido con música de cascabeles bajo la sombra de los verdes plátanos, salpicada de oro... Luisa cierra el balcón más triste que nunca, y al volverse ve á Montemar lívido y descompuesto; sus ojos casi no se atreven á mirarla y sus labios balbucean atropelladamente:

—¡Soy el más estúpido y desalmado de los hombres!.. ¡Malditas cartas!.. ¡Ah! Luisa, mártir, dulce y pura compañera mía, ¿qué puedo esperar de ti?..

Una risa infantil resuena en el comedor; es una risa fresca y jugueteona. Teresa ríe; la infancia lo olvida todo rápidamente, y sin acordarse ni del llanto de su madre ni del adusto ceño de su padre, toma parte en los bulliciosos juegos de su hermano...

Y su risa recorre todos los rincones y resuena por todos los ámbitos de la casa, y entrando en el salón etérneo y funde en una sola las almas de los dos esposos.

Luisa se abandona á los brazos temblorosos de Montemar.

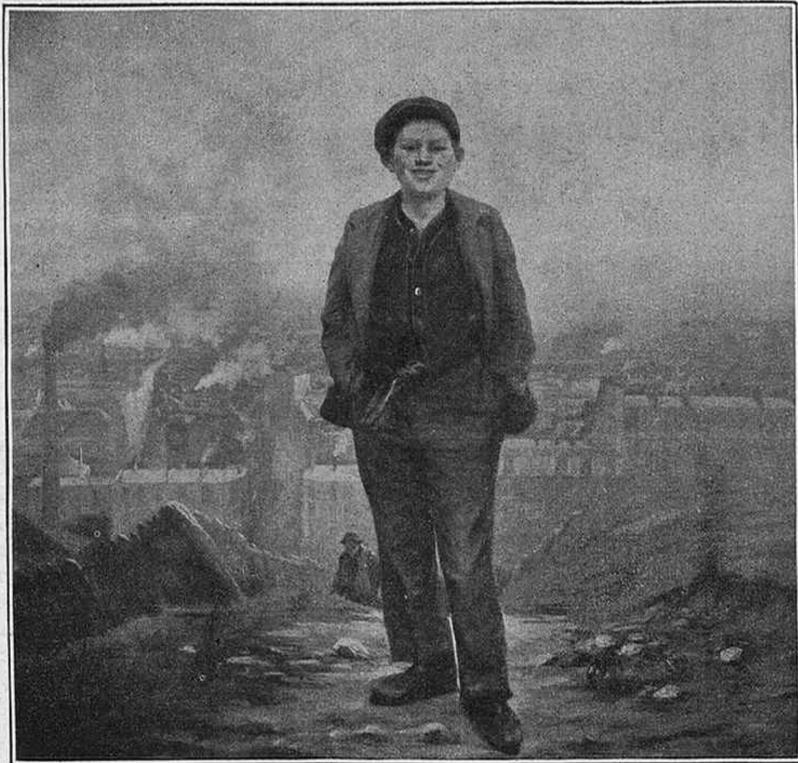
(Dibujo de E. S. Hope.)



EL APRENDIZ, escultura de P. Roger Bloche



LA DUQUESA DE CHATEAUROUX, cuadro de V. de Paredes



PILLUELO DE PARÍS, cuadro de A. Bisson



EL HIERRO QUE DA PAN, escultura de Lecomte du Nouy



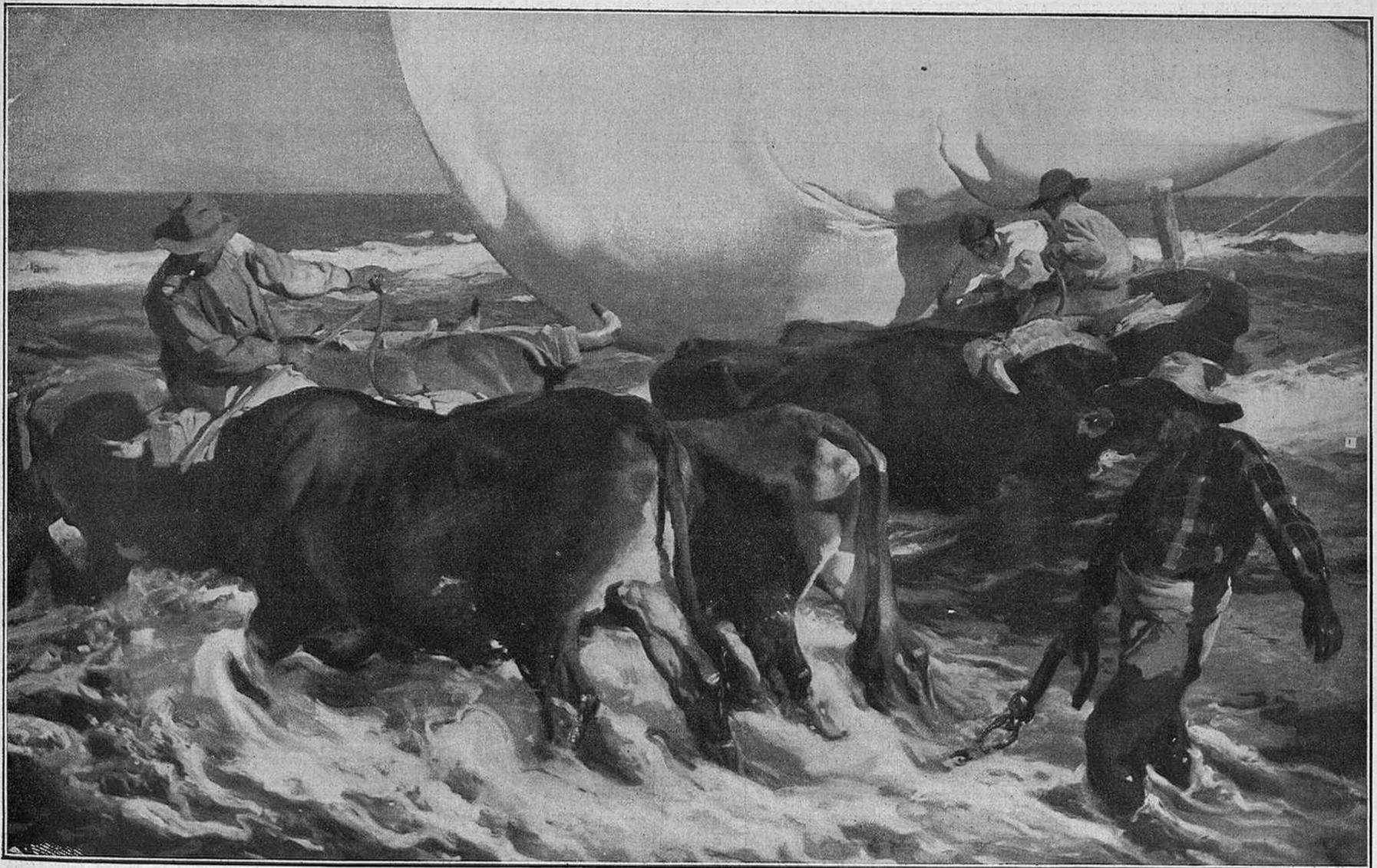
MARTES DE CARNAVAL EN PARÍS, cuadro de F. Houbón



HUÉRFANA, cuadro de M. Loffredo



SOL DE TARDE, cuadro de Joaquín Sorolla



ESTÍO, cuadro de Joaquín Sorolla

Todos los críticos que se han ocupado del actual Salón de París de la «Sociedad de los Artistas franceses» han dedicado largos párrafos á encomiar los dos cuadros de nuestro paisano el eminente pintor Joaquín Sorolla, que en esta página reproducimos. Sorolla conoce como pocos el secreto de aprisionar, por decirlo así, en sus lienzos los elementos de la naturaleza con toda la fuerza de la realidad; el mar en ellos parece agitarse en incesante movimiento, produciéndonos la ilusión de que las olas se suceden unas á otras hasta estrellarse en la playa; el aire hincha las velas y materialmente empuja las barcas; y la luz inunda la tela con intensidad deslumbradora. Si á esto se añaden el vigor y la verdad con que están trazadas las figuras, la maestría con que aparecen agrupadas y la vida que en todas ellas se admira, bien puede afirmarse que el ilustre artista valenciano es hoy uno de los que figuran al frente de la pintura, no sólo en España, sino también en el extranjero.

## Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á París

Si hubiéramos de detallar las seis jornadas de S. M. el rey D. Alfonso XIII en París, necesitaríamos un espacio que preferimos destinar á la información

de fiestas, soberbiamente adornado con tapices de los Gobelinos y porcelanas de Sevres. Ocuparon el centro de la mesa el rey y el presidente, quienes tenían respectivamente á su lado á Mme. Loubet y á la marquesa del Muni, esposa del embajador de España. Asistieron á la comida más de doscientos invitados, escogidos entre las más altas personalidades del Estado, del Instituto de Francia, del ejército, de la magistratura y de la banca. D. Alfonso XIII y M. Loubet pronunciaron sendos brindis, en los que hicieron grandes protestas de mutua amistad entre los dos países por ellos representados.

Después del banquete celebróse una velada, durante la cual los más notables artistas de los principales teatros de París ejecutaron fragmentos de ópera, canciones, monólogos y la bellísima pieza de Muset *Un caprice*, que dejaron complacidos á D. Alfonso.

*Día 31 de mayo.*—A las nueve de la mañana M. Loubet fué á buscar á D. Alfonso y juntos se dirigieron á los Inválidos, en donde



LA AVENIDA DE LA OPERA ADORNADA PARA LA RECEPCIÓN DEL REY. EN EL FONDO, EL TEATRO DE LA OPERA. (De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)

gráfica del viaje regio, seguros de que nuestros lectores han de gustar más de las impresiones de la fotografía que de las descripciones de la pluma, porque aparte de que aquellas dan idea perfecta y vívida de los sucesos, lo que con éstas no sucede, la prensa diaria ha publicado relatos tan extensos que cuanto nosotros refiriésemos habría de ser reproducción de lo que en ella habrán leído ya nuestros suscriptores.

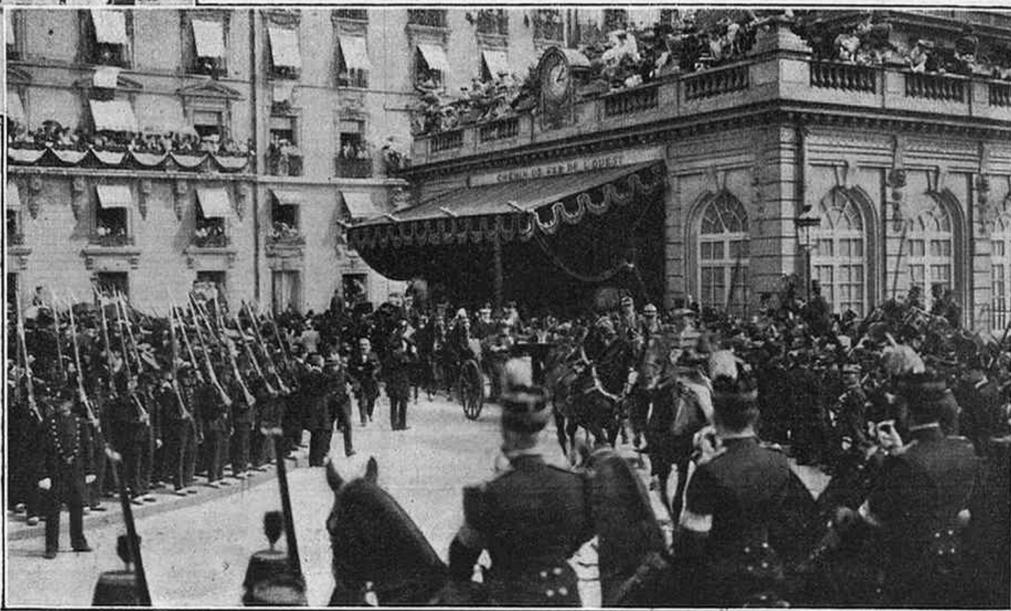
Nos limitaremos, por consiguiente, á escribir lo que pudiéramos llamar programa explicativo de las fiestas celebradas en París en honor de nuestro monarca, omitiendo detalles y comentarios y diciendo una vez por todas que la capital de Francia ha echado, como suele decirse, la casa por la ventana para recibir al augusto huésped, adornándose con sus mejores galas; que el pueblo francés, sin distinción de clases ni de partidos, ha aclamado en todas partes con delirante entusiasmo á D. Alfonso XIII, y que éste se ha conquistado, dondequiera que ha ido, universales y calurosas simpatías.

El atentado incalificable de que fueron objeto el rey de España y el presidente de la República francesa y contra el cual ha protestado el mundo entero, ha contribuído á que resultaran más brillantes, si cabe, las ovaciones que el

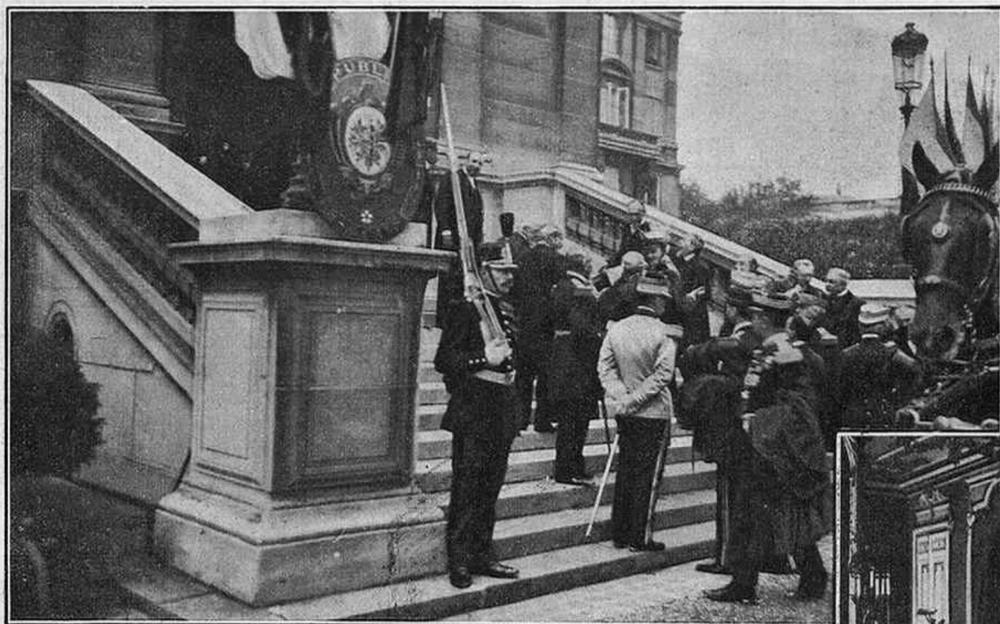
fueron recibidos por los generales Dessivier, gobernador de París, y Niox, comandante superior de la defensa, encargado de las funciones de gobernador de los Inválidos. S. M. visitó la capilla y las diferentes salas del edificio, examinando los objetos históricos que allí se conservan y deteniéndose especialmente ante la tumba de Napoleón I.

Desde los Inválidos fueron al Panteón, siendo recibidos por los ministros de Instrucción pública y del Interior, el subsecretario de Bellas Artes, el conservador de los palacios nacionales y el inspector arquitecto del Panteón. También esperaba allí á los visitantes una comisión de la Asociación general de Estudiantes. El rey admiró las magistrales pinturas de Juan Pablo Laurens y de Puvis de Chavannes, y visitó las tumbas de los grandes hombres de Francia que en el Panteón tienen su sepultura.

Visitaron después Nuestra Señora, en cuya puerta les esperaba el cardenal Richard, arzobispo de París, rodeado de sus vicarios generales, del cabildo y de la junta de Obra. El cardenal dirigió una breve salutación al rey y acompañó á éste y al presidente hasta el coro, enseñándoles luego las preciosas reliquias que en el templo se



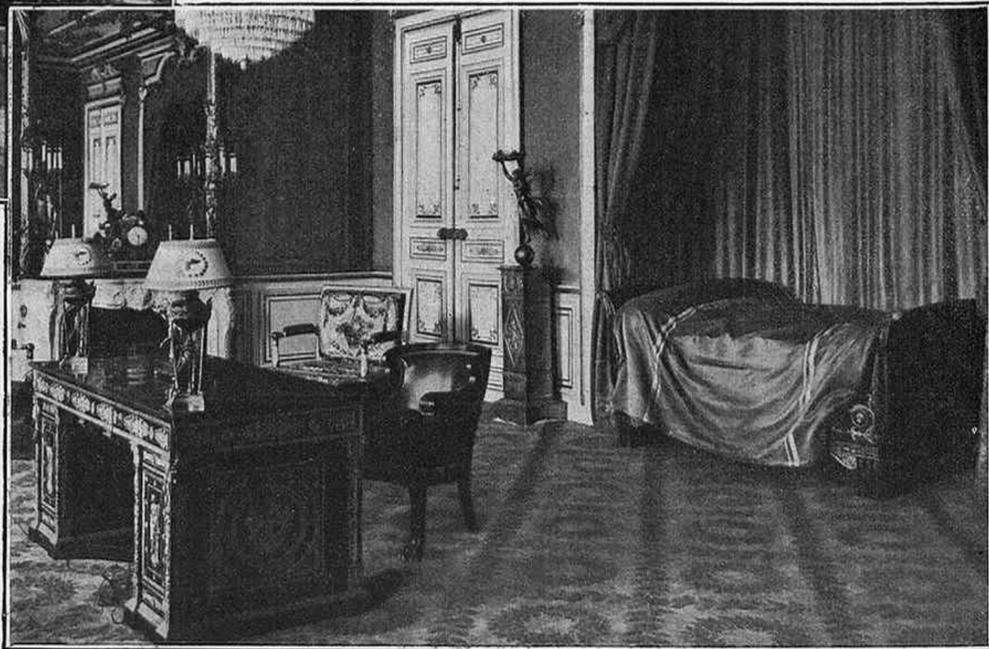
EL REY Y M. LOUBET Á LA SALIDA DE LA ESTACIÓN DEL BOSQUE DE BOULOGNE (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



EL REY EN LA ESCALERA DE HONOR DEL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS, EN DONDE SE HA ALOJADO DURANTE SU ESTANCIA EN PARÍS. (De fotografía de León Bouet.)

pueblo francés ha tributado incesantemente al soberano español.

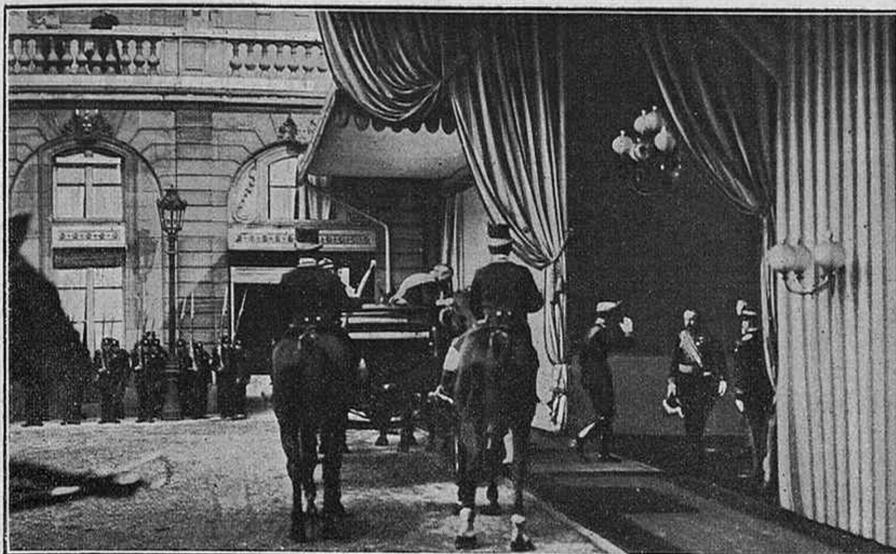
*Día 30 de mayo.*—A poco más de las tres de la tarde apeábase S. M. en la estación del Bosque de Boulogne, en donde le esperaban el presidente de la República, el gobierno, el cuerpo diplomático, los altos funcionarios, los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, en una palabra, todo el mundo oficial. Después de cambiados los saludos y de hechas las presentaciones de rúbrica, D. Alfonso y M. Loubet subieron á la victoria presidencial, enganchada á la Daumont, y seguidos de brillante cortejo dirigiéronse por la Avenida del Bosque, los Campos Elíseos y el puente de la Concordia al Ministerio de Negocios Extranjeros, en donde ha residido el rey durante su estancia en París. Digamos de paso que las habitaciones destinadas á S. M. estaban magníficamente alhajadas con muebles soberbios y de gran valor histórico, con hermosos tapices y con preciosos objetos de arte. Allí se despidió M. Loubet de D. Alfonso, el cual, á las cinco fué al Elíseo para hacer la visita oficial al presidente, regresando luego al Ministerio de Negocios Extranjeros.



DORMITORIO DEL REY EN EL MINISTERIO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

guardan, las obras de arte y las valiosísimas joyas que constituyen el tesoro.

*Sigue en la página 390.*



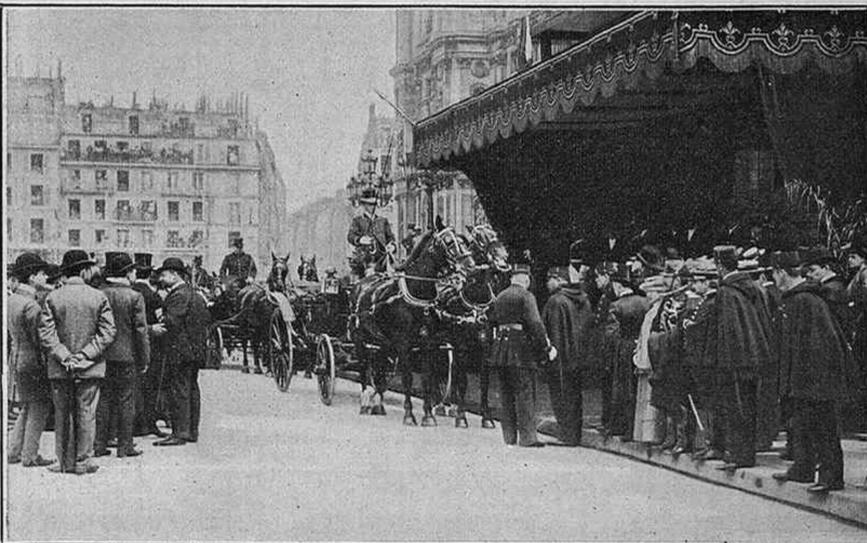
LLEGADA DEL REY AL ELÍSEO. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



LLEGADA DEL REY Y DE M. LOUBET AL HOTEL DE VILLE. (De fotografía de «Photo-Presse.»)



LLEGADA DEL REY Á NUESTRA SEÑORA. (De fotografía de «Photo-Presse.»)



LLEGADA DEL REY AL HOTEL DE VILLE. (De fotografía de M. Rol y C.ª)



EL REY BAJANDO LA ESCALINATA DEL PANTEÓN.  
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



LA MUSA DE LA ALIMENTACIÓN ESPERANDO AL REY.  
(De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)



ARCO DE TRIUNFO ERIGIDO EN HONOR DE S. M. D. ALFONSO XIII POR LOS VENDEDORES DE LOS MERCADOS. (De fotografía de «Express-Photo-Reportage.»)



GRUPOS EN EL SITIO EN DONDE ESTALLÓ LA BOMBA ARROJADA CONTRA EL REY.  
(De fotografía de «Photo-Presse.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—UN EPISODIO DE LA RETIRADA DE MUKDEN, DIBUJO DE F. MATANIA

Oportunamente describimos en la correspondiente crónica la batalla de Mukden, que de tan desastrosas consecuencias fué para el ejército ruso. Después de muchos días de sangrientos y continuos combates, que no permitían un momento de descanso á los combatientes, los rusos hubieron de abandonar sucesivamente las posiciones que ocupaban, ante el peligro de verse copados á retaguardia por el ejército del general Nogi, que durante la batalla había efectuado un movimiento de flanco atrevidísimo, pero que fué de resultado decisivo. La retirada se hizo al principio en el mayor orden; pero perseguidos los rusos por los japoneses, que no cesaban de cañonearlos, acabaron por sentir los regimientos de retaguardia

los efectos del pánico, aumentado por la circunstancia de haber los convoyes obstruído la carretera mandarina, por donde se retiraban los vencidos. No tardaron éstos, sin embargo, en reponerse y continuaron ordenadamente su marcha hasta Tieling.

La hermosa página de Matania, que reproducimos, da una idea de los horrores de aquellas terribles jornadas y de las penalidades que en su retirada hubieron de sufrir los rusos, que en esta ocasión, como en todas las operaciones de la guerra, han demostrado un valor digno de mejor suerte de la que hasta ahora han tenido.

ALMAZ

SVIETLANA

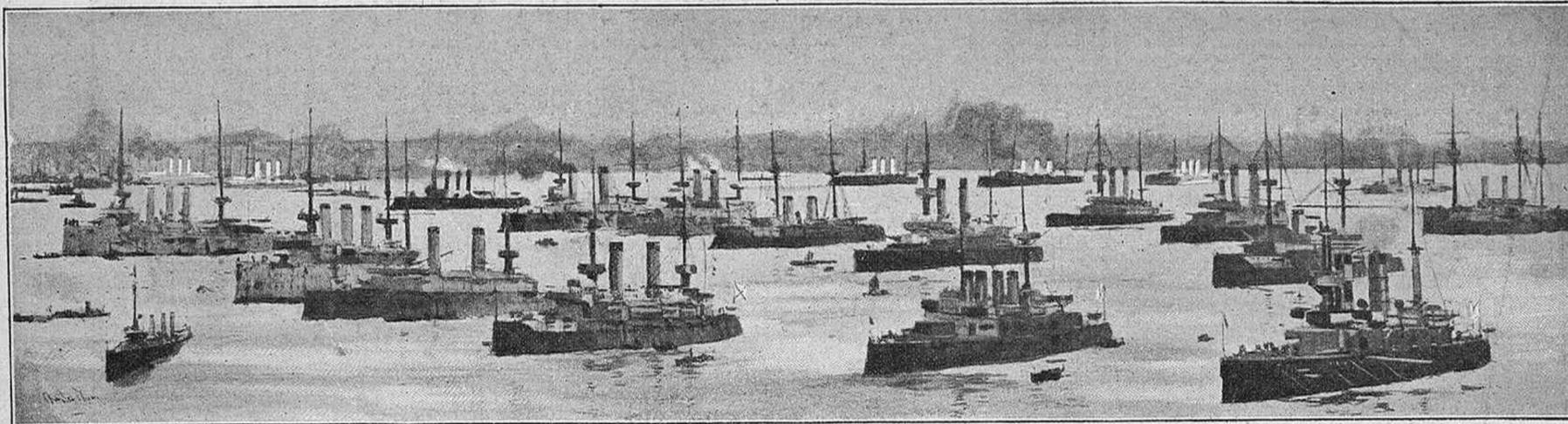
SUVAROFF

OREL

IZUMRUD

ALMIRANTE  
SENIAVIN

OLEG JEMTCHUG

ALMIRANTE  
OUSHAKOFFALMIRANTE  
NAKHIMOFFVLADIMIR  
MONOMACH

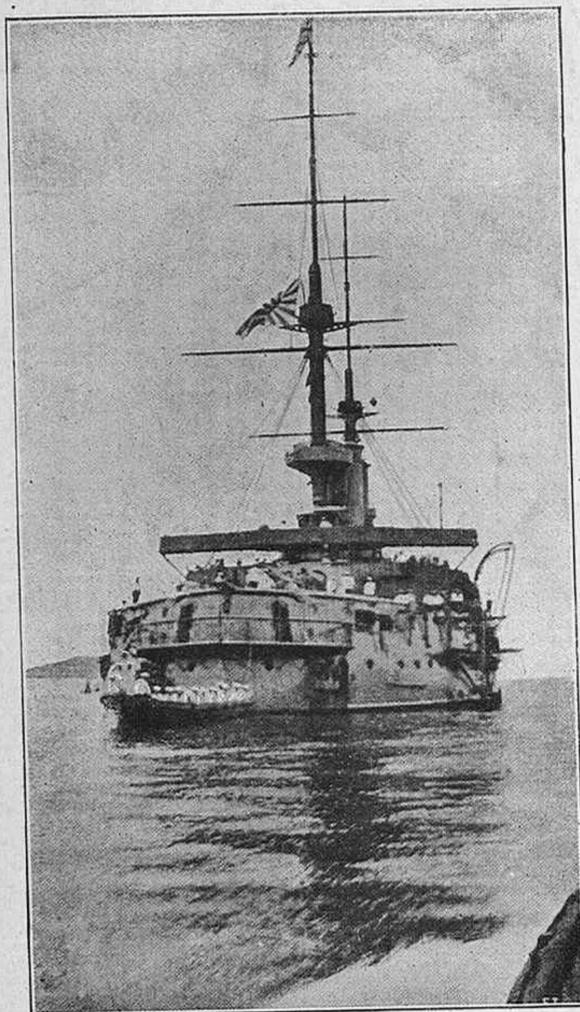
AURORA OSLYABIA ALEJANDRO III BORODINO NICOLÁS I NAVARIN ALMIRANTE APRAXINE SISSOI VELIKY DMITRI DONSKOI

La escuadra rusa de Rodjestvensky tal como era antes de la batalla naval del estrecho de Corea.

El valor total de los buques era de 14.100.000 libras esterlinas (352.500.000 pesetas).

## CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Las noticias que se van recibiendo del combate naval librado en el estrecho de Corea en los días 27 y 28 de mayo último, confirman el desastre completo de la escuadra rusa mandada por Rodjestvensky. Lo



EL ACORAZADO «MIKASSA», BUQUE ALMIRANTE DE TOGO

que en los primeros momentos parecía exagerado ha resultado todavía pálido al lado de la realidad: en efecto, las pérdidas de los rusos han sido mucho mayores de lo que en un principio se creyera; y en cambio, las de los japoneses han resultado mucho menores de lo que pudieron creer los más optimistas.

Los detalles de la batalla no se conocen todavía; no es tampoco necesario conocerlos. Basta para el objeto de estas crónicas saber los resultados.

He aquí las pérdidas de la escuadra rusa: seis acorazados el *Kniaz-Souvaroff*, el *Emperador Alejandro III*, el *Borodino*, el *Oslabia*, el *Sissoi-Veliki* y el *Navarin*; seis cruceros, el *Almirante Nakhimoff*, el *Dmitri-Donskoi*, el *Vladimir-Monomach*, el *Izumrud*, el *Svietlana* y el *Aurora*; el guarda costas acorazado *Almirante Oushakoff*, los transportes-talleres *Kamtchatka* é *Irtych* y tres contratorpederos, echados á pique: dos acorazados, el *Orel* y el *Nicolás I*; dos guardacostas, el *Almirante Apraxin* y el *Almirante Seniavine*, y el contratorpedero *Biedovy*, capturados.

Estos 23 buques formaban un total de 153.411 toneladas y su precio de construcción ó de compra no bajaba de 330 millones de pesetas.

Únicamente se salvaron el crucero protegido *Almaz*, los dos contratorpederos *Bravy* y *Grozny* y el buque hospital *Orel*, que pudieron llegar á Vladivostok; los tres cruceros protegidos *Aurora*, *Oleg* y *Jemtchug* que, al mando del almirante Enquist, se han refugiado en el puerto de Manila, y el contratorpedero *Bodry* que ha llegado completamente desarmado y sin carbón ni agua á la costa china, al Norte de la desembocadura del Yang-Tse-Kiang.

La llegada del *Almaz* á Vladivostok dió lugar á un incidente dramático. Cuando los vigías de aquel puerto divisaron el crucero, comunicaron inmediatamente la noticia á la ciudad, y la población en masa acudió al puerto y saludó con aclamaciones la aparición de aquel buque, creyendo que detrás de él iba la escuadra; pero pronto se supo la verdad, y la momentánea alegría se trocó en tristeza y desaliento.

En cuanto á los que se han refugiado en Manila, el gobierno norteamericano ha ordenado que salgan inmediatamente de allí en el estado en que se encuentren, ó que queden detenidos hasta el fin de la guerra en caso de que quieran reparar sus averías.

De los tres almirantes rusos, Felkersham, según noticias del estado mayor ruso, murió á bordo del *Oslabia* dos días antes de la batalla; Rodjestvensky y Nebogatoff fueron hechos prisioneros. Rodjestvensky se encuentra en el hospital de Sasebo; tiene cuatro heridas, una en la frente, otra en la espalda, otra en el muslo derecho y otra en la pierna izquierda; recientemente le ha visitado el almirante Togo, expresándole sus simpatías y encomiando el valor heroico de los rusos. Nebogatoff, según parece, será puesto en libertad por orden del Mikado, á fin de que pueda dar cuenta al tsar de la batalla y de las pérdidas sufridas por los rusos.

Las bajas personales de éstos se calculan en 5.000 prisioneros y 6.000 muertos.

En cambio los japoneses sólo perdieron tres torpederos y 500 hombres entre muertos y heridos.

En Tokio se atribuye la derrota de los rusos á las siguientes causas: 1.ª, los reconocimientos fueron incompletos y los informes incompletos ó erróneos; 2.ª, el almirante Rodjestvensky había adoptado una mala formación de combate que demuestra que no esperaba encontrar al almirante Togo en Tsu-Shima; 3.ª, el estado de la atmósfera, la dirección del viento y el sol eran desfavorables á los rusos; 4.ª, los rusos malgastaron y agotaron sus municiones, y esto motivó probablemente la capitulación de Nebogatoff; y 5.ª, los rusos han dado pruebas en el tiro de su artillería de una inferioridad manifiesta.

Todo esto podrá ser más ó menos cierto, pero en el fondo la victoria de la escuadra japonesa se debe á la superioridad que en punto á velocidad y á potencia de tiro de la artillería tenía sobre la rusa; estas ventajas permitieron al almirante Togo empeñar el combate á la distancia que le convenía, es decir, á una distancia tal que mientras sus barcos estaban fuera del alcance de los cañones rusos, sus proyectiles llegaban perfectamente á los buques enemigos. Otro factor importante, acaso el que más, de la derrota de las fuerzas de Rodjestvensky, fué sin duda alguna las distintas condiciones de las tripulaciones respectivas, poco menos que improvisadas las rusas y sin haberse ejercitado suficientemente, y en cam-

bio aguerridas y acostumbradas al combate y á la victoria las japonesas.

El Mikado ha dirigido la siguiente nota al almirante Togo:

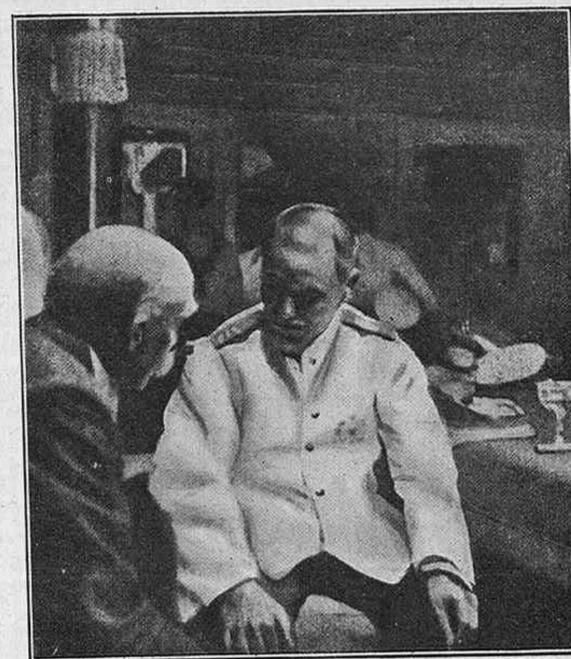
«Nuestras escuadras combinadas han encontrado á la escuadra enemiga en el estrecho de Corea y después de un desesperado combate, que ha durado varios días, la han aniquilado realizando una hazaña sin precedente. Nos consideramos dichosos de haber podido, gracias á la fidelidad de nuestros oficiales y de nuestros marineros, responder al espíritu de nuestros antepasados.»

Al propio tiempo ha dirigido á la marina el siguiente rescripto:

«Nuestra marina con la mejor de las estrategias y gran valor ha aniquilado á la escuadra enemiga correspondiendo á nuestra esperanza. Apreciamos profundamente su magnífica victoria.»

El almirante Togo ha recibido también la siguiente felicitación del ministro de Marina:

«La segunda y la tercera escuadra rusas, venciendo inmensas dificultades en su viaje hacia el Este, han demostrado un poder poco común; pero vuestra escuadra, cerrándoles el paso, introdujo en ellas la confusión y destruyó ó capturó casi todas las unidades rusas. Vuestra victoria no se limita á esto, puesto que hicisteis prisionero al comandante en jefe. Se-



EL ALMIRANTE TOGO Á BORDO DEL «MIKASSA.»

mejante victoria es una ventaja inmensa para nuestra causa nacional. Os envío mis más sinceras felicitaciones y aprovecho esta ocasión para ensalzar la virtud del emperador y daros las gracias, así como á vuestros subordinados, por los servicios tan penosos prestados durante tantos meses, y para expresar mi simpatía á los muertos y heridos.»—R.

**EXTRA-VIOLETTE** Véritable Parfum de la Fleur.  
VIOLETTE, 29, Boulevard des Capucines, Paris



Luciano la obligó á sentarse en un sillón y se arrodilló delante de ella... (Véase pág. 373.)

## UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Aquella última prueba del rencor de su hijo contra su segundo matrimonio, aquella partida sin un signo de ternura hacia Juana, había acabado de aniquilar á la desgraciada, que vió claro por primera vez que entre aquellos semihermanos, á quienes ella profesaba igual amor, nunca habría una unión perfecta. El mayor pesar para una madre, cuando ha tenido hijos de dos maridos distintos, es ver que los del uno y los de otro son continuadores inconscientes de la rivalidad de los padres.

La angustia en que había caído aquel espíritu de mujer, tan conmovido ya por tantas emociones, era tan profunda, que no oyó entrar á su marido. Cuando le reconoció con el escalofrío de una hipnotizada á la que se arranca de su sueño, le dijo cogiéndole convulsivamente la mano:

—¡Se ha marchado para siempre!.. Va á vivir con esa mujer sin casarse con ella, como el otro... Todo se lo he dicho, tu bondad para con él, las dudas en su favor que habías concebido... Le he pedido que no exigiera una respuesta inmediata, que esperase... De nada ha servido... Se va con ella á Alemania, á estudiar Medicina... Va á reconocer al hijo de Berta... ¡Lo que quiere es no vernos más, y ya tú habías adivinado por qué!.. ¡Odia nuestro matrimonio!

—Está bajo la impresión de la muerte de su padre; pero es imposible que no vuelva á sentimientos más equitativos, á los suyos, que no son de odio... Lo que nos sucede es duro, pobre amiga mía, pero no tenemos nada de qué acusarnos y todavía podemos esperar... ¿Va á vivir con esa joven? Pues una de dos; ó esa mujer es de buena fe, y entonces se portará en consecuencia y se casarán dentro de dos años, ó es una intrigante, como yo creí al principio, y no soportará el vivir ese tiempo monótona y tranquilamente en una universidad alemana. Entonces se mostrará como es y Luciano no se casará con ella. En uno y en otro caso le recobramos. Aun á los veinticinco años deberá pedirte tu consentimiento; si esa mujer ha demostrado poseer cualidades de esposa, tú se lo concederás, y entonces los veremos; y si, por el contrario, esa unión acaba por un rompimiento, Luciano se refugiará á nuestro lado. Ten,

pues, valor y piensa que esta separación era, sin duda, necesaria. Puesto que influencias malsanas le han hecho mirar nuestro matrimonio con tan injusta antipatía, más vale que nuestras relaciones se suspendan por algún tiempo... Es, al menos, un mal menor... ¡Valor! Apóyate en mí; yo te querré por los dos...

—Eres bueno, respondió Gabriela sin dejar su actitud desesperada, muy bueno... ¿Pero cómo quieres que me convenzan tus razonamientos? Me has dicho que Luciano no perseveraría en su proyecto, y ha perseverado; que no pediría el consentimiento de su padre, y lo ha pedido; que tenías un medio de impedir ese deplorable casamiento, y sucede algo peor... ¿Por qué me has dicho esas cosas? Porque no quieres que mire de frente la verdad y por qué tú mismo no quieres verla. Esa verdad es la que expresó el padre Euvrad. Dios nos castiga en mi hijo, y digo «nos» porque eres mi único amigo y estamos unidos en el castigo como lo estuvimos en la falta. Me hablas de valor... Ten tú el de ver claro y el de permitirme que yo vea. Hemos perdido uno de nuestros hijos, Alberto, no perdamos el otro...

Al hablar así se había incorporado en la butaca, en cuyos brazos se crispaban sus manos. Su voz era más firme, la sangre había asomado á sus mejillas y en sus ojos brillaba una llama de la fiebre mística que Darrás había visto ya varias veces en aquella semana. Desde la muerte de Chambault, el segundo marido estaba temiendo la petición á que la fe católica debía conducir á la divorciada convertida en viuda. Comprendió por el tono de Gabriela que sus enigmáticas palabras iban á traducirse en esa súplica, y preguntó:

—¿El otro? El otro es Juana. ¿Qué relación puede haber entre esa niña y nuestras diferencias con Luciano? Explicátele.

—¿Por qué me hablas como si no me comprendieras? Porque me has comprendido, Alberto, no me digas que no. No me trates más como á una enferma. El momento es demasiado grave y hemos recibido advertencias demasiado solemnes. Hemos perdido á Luciano porque hemos sido culpables, yo so-

bre todo, que creía, cediendo á la terrible tentación de la impía ley del divorcio. No hay código humano que pueda prevalecer contra el orden divino. Ante Dios era yo la esposa del hombre por el que mi hijo está de luto. Hemos prescindido de ello, y ya no tengo hijo... Ese hombre ha muerto y soy libre. Dios, que nos ha castigado, nos da ocasión para reparar nuestra falta casándonos religiosamente... ¡Dime que consientes, Alberto mío, y que me harás tu mujer ante la Iglesia!.. Si no, no podré vivir, por miedo de perder también á Juana, no sé cómo... Te lo suplico en su nombre...

—Esperaba esa petición, dijo Darrás, en cuya cara se pintaba esa tristeza que produce la recaída de un convaleciente querido al que se creía curado de una enfermedad mortal. La esperaba y no te guardo rencor, pues has sufrido mucho y es excusable que no veas nuestra vida en su verdadero aspecto. No trataré de demostrarte nada, pero sí te diré que lo que en mí crees preocupaciones no son sino aplicaciones del más vulgar sentido común. Si reflexionases cinco minutos, verías que nuestra historia con Luciano no es más que una ilación de sucesos muy ordinarios entre un hijo de veintitrés años y sus padres, en los matrimonios más católicos... En cambio no creí que me harías esa petición en nombre de nuestra hija. ¿No comprendes qué significación tendría para esa niña un matrimonio religioso entre nosotros, entre sus padres, y precisamente ahora? Mi protesta cuando me dijiste el otro día que no estamos casados no era sólo por mí, sino por Juana. Casarnos ahora canónicamente sería declarar que el matrimonio civil no es un matrimonio, y por consecuencia, que nuestra hija no es legítima. Confiesa que no has pensado en esto...

—Demasiado lo pienso, y tiemblo de terror por ella...

—¿Y no ves que es insensato, por no decir más, considerar como culpable el nacimiento de esa niña, sobre cuya cuna hemos cambiado palabras de abnegación, de fidelidad y de ternura?

—Lo que veo y lo que sé es que no teníamos derecho de tenerla...

—No te permito hablar así, ni en el extravío de la pena... Gabriela, dijo Darrás con una irritación que ya no podía dominar, recuerda nuestra sagrada emoción cuando me dijiste que ibas a ser madre... Recuerda los sueños que hemos acariciado aquí mismo acerca de ese hijo... Debía ser una niña, en la que cifríamos nuestra alegría y nuestro orgullo... Recuerda nuestra pena al ver que no teníamos más familia... ¡Y ahora!..

—Ahora, interrumpió Gabriela, no tengo ya tal alegría ni tal orgullo, es verdad... Me he humillado al castigo y estoy quebrantada para lo que me quede de vida. De ti depende que tenga un poco de consuelo en esta miseria. Lo tendré si poseo la paz de conciencia por los sacramentos, si confieso, si cumulo, y sobre todo, si puedo besaros a mi hija y a ti sin remordimiento. Necesito fuerza para soportar la idea del rebajamiento de mi hijo y de la vida que va a hacer con esa criatura, y sólo en esto puedo hallarla. Si me amas, no me lo niegues, no discutas. Habías ambicionado casarte conmigo cuando era soltera, y entonces hubieras consentido ciertamente en que el matrimonio fuese religioso. Sólo te pido que hagas hoy lo que hubieras hecho entonces. Nunca me habrás dado mayor prueba de amor... ¡Y me hace tanta falta!..

—No insistas, exclamó Darrás con impaciencia. Si me hubiera casado contigo de soltera, no hubiera aceptado tal condición sin gran lucha interior, pues siempre he creído funestas esas concesiones de conciencia que prolongan indefinidamente ciertas hipocresías y las peores mentiras sociales... Pero, en aquel momento, tal matrimonio no hubiera sido un ultraje a todo un pasado de honor y de lealtad, como hoy lo sería esa condenación pública y solemne de nuestro matrimonio actual... Eres mi mujer y soy tu marido. Jamás insultaré de ese modo a nuestro hogar...

—¡Prefieres destruirle!, dijo Gabriela con acento casi salvaje. Sí, lo destruirás negándote al matrimonio religioso, porque yo sé que no podré permanecer aquí... No podré soportar el llevar tu nombre y pertenecerle sin ser tu mujer ante Dios, cuando nada se opone a ello más que tu orgullo... Lo he soportado, con gran dolor mío, hace algún tiempo, porque existía el obstáculo invencible y creía hacer cuanto podía de mi deber de cristiana en condiciones más poderosas que mi voluntad... Ahora, si sigues negándote, tendré que marcharme. ¿Lo permitirás? ¿Por qué? ¿Qué ultraje hay en la celebración de una ceremonia que nos estaba prohibida y que hoy se nos permite? ¿Qué mancha en un matrimonio que, para ti, nada significa?.. Repito que si te niegas será que en ti el orgullo puede más que el amor. No quieres que tu incredulidad ceda ante mi fe.

—¿Y aunque así fuera?.. ¿Y si, en efecto, considerase yo como una cobardía fingir ideas que no tengo? No he adoptado mis convicciones por capricho ni por interés, sino que son lo más profundo de mi pensamiento y lo más íntimo de mi conciencia. No sólo tengo derecho, sino deber de obrar con arreglo a ellas, puesto que son, para mí, la verdad. Ya es demasiado que una promesa, arriancada a mi amor, me obligue a consentir que mi hija crezca entre lo que yo conceptúo errores... No trates de abusar de mi lealtad en ese punto. Bastantes motivos reales de pena tenemos para que no creemos otros imaginarios.

—No es esa tu última palabra, Alberto. Con tus ideas de justicia y de tolerancia, no puedes impedirme creer porque tú no crees.

—¿Cuándo te lo he impedido?, respondió Darrás con acritud.

—Me lo impides obligándome a vivir contigo en relaciones que mi religión prohíbe.

—¿Y tú, qué haces pretendiendo imponerme un acto que mis principios reprobaban?

—¿Cómo puedes comparar los dos casos? Si tú me sacrificas lo que no es para ti más que una cuestión de forma, continuarás lo mismo tu vida. Mientras que yo, si persisto en seguir contigo como tu mujer, no siéndolo—porque no lo soy, no lo soy, ¿entiendes?—me encontraré fuera de la Iglesia, me estarán prohibidos los sacramentos y no podré tener vida religiosa... Te lo repito, dijo con sombría desesperación, no podré soportarlo y me marcharé.

—Y bien, respondió Darrás fuera de sí, te marcharás, pero oye las consecuencias de tu rebelión. Te dejaré marchar y no te enviaré el comisario para que vuelvas, pero me quedaré con mi hija. Cuando nos casamos hicimos un pacto. Tú te comprometiste a ser mi mujer y yo a permitir que, si teníamos un hijo, fuese bautizado y educado católicamente. Hoy te conviene denunciar ese pacto... Está bien. Dices que no eres mi mujer y hablas de marcharte... Perfectamente. Pero yo quedo libre de mi compromiso

y recobro a Juana, que es mía según la ley. El pacto está denunciado, luego la educaré según mis ideas.

—No cometerás una acción semejante; no tienes derecho. Me has dicho muchas veces que el primer deber es el respeto a la conciencia. No puedes tocar a la de tu hija.

—Le daré otra nueva. La haré crecer en la verdad, mientras que tú la alimentas de quimeras, a las que no me he opuesto por escrúpulo. Hoy veo cuán culpable he sido para con el que después se case con ella si esas impresiones de la infancia han de ser causa de que se separe de su marido...

—Arrancar la fe a un ser sin defensa es un crimen, Alberto, un crimen abominable...

—¿Estás segura de que no lo es el habérsela dado?.. ¡Cuidado! No despiertes en mí el pensamiento de que no hay promesa que valga contra la verdad... Pero no; lo prometido es deuda, a condición de que lo sea también para ti. No quiero oír hablar más de matrimonio religioso, ¿entiendes?, jamás. Permanezco tal como era cuando te casaste conmigo; si observas tu compromiso, observaré el mío; si faltas a él y te vas, obraré como te he dicho.

—¿Aun estando en vísperas de la primera comunión?

—No la hará, y asunto terminado... Así será mejor... Pero acabemos, añadió mirando el reloj. Son las dos y cuarto y me aguardan en mi oficina. Espero que cuando vuelva te encontraré más razonable. Adiós.

Por primera vez, acaso, salió sin dar un beso en la frente a su mujer y sin mirarla siquiera. En el arrebato de una cólera en la que se habían desahogado sus penas de aquellos días, acababa de pronunciar palabras demasiado violentas para que no las lamentara. Permaneció en su cuarto más de lo necesario para coger el gabán y el sombrero, con la esperanza de que Gabriela fuese a suplicarle que no la dejase en aquel estado. Pero no fué, y él sintió entonces grandes ganas de volver a buscarla. No cedió, sin embargo. El recuerdo de ciertas frases, como aquella de «No teníamos derecho de tener esa hija» ó la otra de «No soy tu esposa,» le cerró el corazón y le hizo pensar: «Si ahora no soy firme, ¿adónde iremos a parar? Debe ver en mi descontento que no hay que volver a las andadas.»

Darrás salió de casa y se fué en derecha a la oficina, donde, en efecto, tenía algunas citas importantes. Ni las visitas de negocios, muy numerosas aquel día, ni los esfuerzos de ingenio que tuvo que hacer para discutir varias cuestiones de gran precisión técnica, lograron distraerle de la tempestad interior. Mientras escuchaba a sus interlocutores y les contestaba, tenía ante sus ojos la imagen del rostro de su esposa, con la expresión de enloquecido espanto que en él habían producido sus implacables palabras. Sentía opresión en el corazón, fiebre en la sangre, angustia en el pecho y un gran malestar en todo su ser. Y sin embargo, a la idea de volver a su casa para encontrar la misma rebelión y luchar con la misma manía religiosa, chocar contra aquel mismo deseo de un matrimonio deshonesto para su pasado, se apoderaba de él la indignación y se sentía nuevamente dominado por aquella especie de frenesí que, pocos momentos antes, había estallado en miradas, en gestos, en exclamaciones de odio. Entonces invadía un dolor intolerable: su Gabriela, la dulce amante de su juventud, la adorada compañera de su edad madura, se confundía para él con aquella Iglesia en la que se había acostumbrado a condensar todos los errores, todas las mentiras y todas las injusticias.

El temor de que se reprodujera aquella intolerable é insoluble disputa, la certeza de que en ella se mostraría él más violento aún, un obscuro rubor y punzantes remordimientos por haber hecho daño a su querida amiga, todos estos sentimientos bullían en él. Para tranquilizarse antes de entrar en casa, volvió a pie por el camino más largo, y eran más de las seis cuando llamó por fin a la puerta del hotel, contemplando el edificio del mismo modo que lo había contemplado Gabriela después de su visita al padre Euvrard, con la nostalgia de la felicidad, todavía posible, pero comprometida.

Absorto por la idea de la acogida que le iba a dispensar Gabriela, no notó la singular mirada del criado que le abrió la puerta. Subió a su cuarto, y al ver que Gabriela no iba, como en los buenos tiempos, a saludarle, quiso adelantarse y probar así que no le guardaba rencor. Entró, pues, en el saloncillo y no la encontró. Tampoco estaba en la alcoba ni en el despacho... Sin duda estaba ocupada con su hija en la sala de estudio.

Darrás subió la escalera con un presentimiento que se trocó en verdadera angustia al ver que la sala

estaba vacía, vacío el cuarto en que dormía Juana, vacía la alcoba de la institutriz... Después de todo, Gabriela podía haber salido con ellas.

Llamó, vino el mismo criado que le había abierto la puerta, y esta vez Darrás no se engañó sobre la expresión de su fisonomía. Un suceso grave había ocurrido. ¿Cuál? Aun en aquel momento de terrible sospecha se despertó en él el instinto de protección a Gabriela, y sus preguntas, que le quemaban el corazón, fueron bastante vagas, bastante mesuradas, para que el drama de aquella casa escapara a ciertos comentarios de cocina.

—¿Qué hora era cuando salió la señora?

—Las tres ó tres y media, respondió el criado. Yo fuí a buscar el coche, y para encontrar uno que pudiese llevar equipajes, tuve que ir hasta la estación Montparnasse.

—¿Quiere usted llamar a la doncella?

—Se ha marchado con la señora.

—Está bien.

No cabía duda, Gabriela había realizado su amenaza y se había escapado. Darrás tuvo valor para preguntar aún en tono indiferente:

—¿Han tenido tiempo para hacer el equipaje?

—La doncella y la institutriz lo han empaquetado todo. Había cuatro bultos; un gran baúl, dos maletas y el estuche de tocador de la señora.

¡Así, pues, Gabriela se había fugado llevándose a su hija, a la hija de los dos!.. Ante aquella inesperada y abrumadora noticia, el primer sentimiento de Darrás fué una consternación tan completa, que ni siquiera trató de saber más.

¿Podía preguntar sin entregar el secreto de aquella crisis de su hogar?

Pensó que aquello no era posible, que la fugitiva iba a volver y que Gabriela, al llegar al sitio adonde había resuelto retirarse, no podría soportar la idea de su inquietud. Además debía de haberle escrito antes de marcharse. Una mujer no deja su casa de improviso, como una criminal, sin que su marido sepa dónde enviar y recibir noticias. Pero no encontró nada. En vano revolvió todos sus papeles y todos los de Gabriela...

Mientras tanto la hora avanzaba y el mayordomo fué a anunciar que la comida estaba dispuesta. La idea de sentarse solo a aquella mesa de la familia, hoy dispersa, le resultó odiosa, y respondió que no comía en casa. En seguida salió para andar por las calles, como el otro día, cuando estaba todavía lejos de prever una catástrofe que desconcertaba su razón...

¡Gabriela fugada!.. ¡Hasta qué profundidad se había apoderado de ella el dogma católico para haberla decidido a escaparse así, mejor que vivir con él fuera de la Iglesia!..

Era cierto que había pronunciado aquella tarde palabras duras; pero justificaba esto su fuga con su hija? ¿Para qué? Para desafiarle a cumplir la más dura de sus amenazas, aquella con cuya acción contaba más. Era como si le hubiera dicho estrechando a su hija contra su corazón: «¿Quieres a Juana? Ven a cogerla.» «Sí, respondió Darrás en voz alta, como si, en efecto, se le hubiera dirigido aquella provocación, iré a cogerla...»

Pero ¿dónde?, ¿cómo?.. La ley y la fuerza pública estarían de su parte. El Código le daba medios para ordenar a su esposa que volviera al domicilio conyugal; pero aquel hombre generoso que siempre había tratado con tantos miramientos la sensibilidad demasiado tierna de Gabriela, salvo en dos crisis de ofuscación en los últimos quince días, se la imaginó de pronto en una habitación con la niña, se figuró también la entrada del alguacil ó del comisario, y su delicadeza íntima se rebeló ante aquella imagen y el amor pudo en él más que el rencor.

Con una angustia que nada tenía de egoísta, se preguntó: «¿Pero dónde está?.. Aquella cena en que hubieran debido estar juntos, ¿dónde la habrían tomado? ¿Qué habría dicho a la niña?..»

Separada de toda su familia a causa de su casamiento, no había podido refugiarse cerca de ella. ¿Estaría en algún convento?.. ¿Se habría metido en algún hotel?..

Agotando todas las hipótesis y enloquecido por la completa ausencia de datos positivos, dió en pensar si se habría refugiado al lado de Luciano, detalle que hace ver el desarreglo de aquella imaginación de ordinario precisa y metódica. Después de la escena entre la madre y el hijo, tal suposición era extravagante; pero no bien había surgido en su mente, tomó las proporciones de la certeza, y Darrás corrió a la casa de la calle Monge donde su hijastro había alquilado un cuarto amueblado. Conocía las señas por el mozo que fué a buscar los efectos del joven. El portero le respondió que el Sr. Chambault se había marchado precisamente aquella tarde.

—¿Solo?  
—Solo.

Aquel paso había sido insensato, pero el marido abandonado dió otro más extraordinario todavía. La calle Rollín estaba cerca, y Darrás quiso saber por Berta dónde estaba Luciano.

En casa de la estudiante le dijeron que ella también se había marchado hacía pocas horas; Luciano había ido á buscarla y habían salido juntos para una ausencia prolongada, sin fijar la época de su regreso. Los jóvenes habían realizado el proyecto anunciado por Luciano á su madre.

Aquella fría noche de primavera, helada por una penetrante llovizna, era sin duda la noche de boda de los dos enamorados, á quienes Darrás envidió entonces con todo su corazón desgarrado. Ellos, al menos, no tenían más que un ideal, una fe y una creencia. ¡Cuán apasionadamente había él deseado una semana antes salvar á su hijastro de aquella aventura! Ahora le asombraba el saberla con tal indiferencia, y sólo vió en ella el hecho de que Gabriela no había ido á pedir amparo contra él á Luciano.

¿Pero dónde estaba?.. Otra hipótesis, no menos absurda, le ocurrió de repente. ¿Si hubiera vuelto á su casa mientras él corría en su persecución? Quiso creer que no podía menos de haberse arrepentido, y tomó un coche para llegar pronto al hotel, que encontró tan vacío y mudo como antes. Gabriela no le había siquiera enviado un telegrama para dar señal de su existencia y de la de su hija.

Darrás pasó la noche entera yendo y viniendo de la biblioteca al cuarto de Gabriela. En su mente seguían alternando las resoluciones violentas con los enternecimientos apasionados. Tan pronto se inclinaba de nuevo al proyecto de hacerlas volver á las dos por la coacción legal, y esta idea de dureza ante la cual había experimentado al principio un magnánimo sentimiento de repulsión, le producía ahora una cruel delicia: el indigno proceder de su mujer le hería demasiado en su amor propio de hombre, y quería gozar de la brutal venganza de probar que él era el amo... Tan pronto, por el contrario, el rencor y el orgullo se fundían al calor de la tierna pena que le torturaba.

En aquella alcoba, llena todavía de la presencia de su mujer, era muy fuerte la evocación de su intimidad. Darrás respiraba el delicado perfume que ella usaba y le asociaba á sus sonrisas, á sus miradas y á sus besos. El espejo del armario parecía retener la silueta de la mujer amada y la almohada la huella de su cabeza. Sus bellas manos habían vagado por todos aquellos muebles claros, y las babuchas en que jugaban sus pies desnudos se habían posado en aquella alfombra. Todos los objetos de plata cincelada de su tocador habían sido tocados por ella aquella mañana y no había un cuadro colgado en las paredes al que el marido no pudiera unir uno de los episodios de su matrimonio.

En esta revista observó que un retrato suyo había desaparecido de la chimenea. La ausente se lo había llevado, y esta señal de que, aun huyéndole, no había dejado de quererle, le hizo derramar lágrimas. ¿Por qué la había dejado aislarse de él desde el día en que le confesó su renacimiento devoción? ¿Volvería jamás á animar aquella pieza desierta? Y si volvía, ¿no estarían emponzoñados por sus remordimientos los éxtasis de otro tiempo? ¿No vería un pecado en una dicha que consideraba como prohibida? ¿Le sería negada esa lenta y dulce transformación del amor permitido en una amistad única, infinitamente confiada y cariñosa, que es la recompensa de las largas fidelidades conyugales?..

¡Insensato! Aquella pieza vacía era la respuesta, y el marido abandonado se sentía triste hasta el punto de desear morir allí, entre las reliquias de su felicidad, destruída para siempre si su mujer seguía ausente y muy amenazada si volvía.

—Es preciso, sin embargo, que tome una resolución... se dijo á la mañana siguiente á esta noche de insomnio.

Había esperado que no pasaría la mañana sin recibir un telegrama ó una carta. Cada hora aumenta-

ba la culpa de Gabriela para con él y también su irritación. Se esforzó, con todo, en plantear el problema como si se hubiera tratado de otro.

—¿Cuál sería el derecho de todo padre en mi caso? ¿Cuál su deber? ¿Dónde está la justicia?.. Mi derecho es tener á mi hija.

Se recordará con qué religioso respeto hablaba siempre Darrás de los artículos del Código relativos al matrimonio. «*Los esposos contraen juntos por el solo*

muy contrario á la lógica habitual de su vigorosa voluntad.

Otra debilidad fué el volver á su casa antes de ir á la oficina. Darrás se reprochaba esta niñería, pero caía en ella. Desde el momento en que Gabriela le había ocultado durante aquellos dos días el sitio adonde se había retirado después de su increíble partida, ¿qué razón había para que ahora se lo notificase?.. Tenía ya tan pocas esperanzas de recibir un mensaje, que se quedó como estupefacto al ver en la bandeja de la antesala, no una carta ni un telegrama, sino una sencilla tarjeta abarquilada en la que se leía el nombre del padre Euvrard, miembro del Instituto. El religioso había escrito con lápiz: *Volverá á las dos, si el Sr. Darrás quiere hacerle el honor de recibirle.* Debajo había puesto sus señas.

¿A las dos, y eran las once? Darrás no vaciló ni se preguntó si perjudicaría á su autoridad el mostrar aquella prisa. Porque el Sr. Euvrard venía, seguramente, de parte de Gabriela y esa evidencia no permitía esperar á Darrás. Aquellas tres horas le representaban una infinidad de torturas que no quería ni podía sufrir, y antes de un cuarto de hora después de recibir la tarjeta estaba delante de la casa de la calle Servandoni.

El pensamiento de que Gabriela había estado allí sin saberlo él, de que había atravesado aquel mismo patio, en el que verdeaba el jardinillo central, y de que había subido aquella miserable escalera, infundió al marido la cólera de sus peores momentos. ¡Le era tan duro que su mujer, en vez de escribir, se hubiera dirigido á un intermediario!.. ¡Y qué intermediario!.. Precisamente aquel de quien habían hablado y á propósito del cual se habían cruzado entre él y su esposa palabras tan duras.

Esa indignación se conoció en el campanillazo con que anunció su visita y en el tono agresivo de sus primeras palabras. El religioso proscribió salió á abrir él mismo, como á

Gabriela el otro día, y como entonces, tenía en la mano un pedazo de yeso, pues la visita le había interrumpido en uno de sus cálculos.

Tenía el mismo aspecto mezquino y embarazado de sabio extraviado en la vida. Solamente su sotana estaba un poco más raída, su cabellera rojiza un poco más crecida y el cuarto un poco más embrollado de libros y papeles.

Pero sus ojos no expresaron esta vez el asombro de un soñador medio despierto de sus quimeras. Conoció en seguida quién era aquel hombre de cara hundida por la ansiedad, mirada febril, gesto brusco y voz dura, y encontró en sí mismo, para cumplir su misión de caridad, la fuerza sacerdotal que tanto chocó á Gabriela en su primera visita, cuando el personaje vulgar que abrió la puerta se transformó ante ella en un apóstol lleno de ardor, de elocuencia y de dignidad. El sacerdote no se desconcertó por el tono brusco con que aquel adversario de todas sus ideas comenzó el penoso y difícil coloquio.

—He encontrado su tarjeta de usted en mi casa. Soy Darrás, y me importa tanto saber qué tiene usted que decirme, que he querido verle en seguida. Escucho á usted.

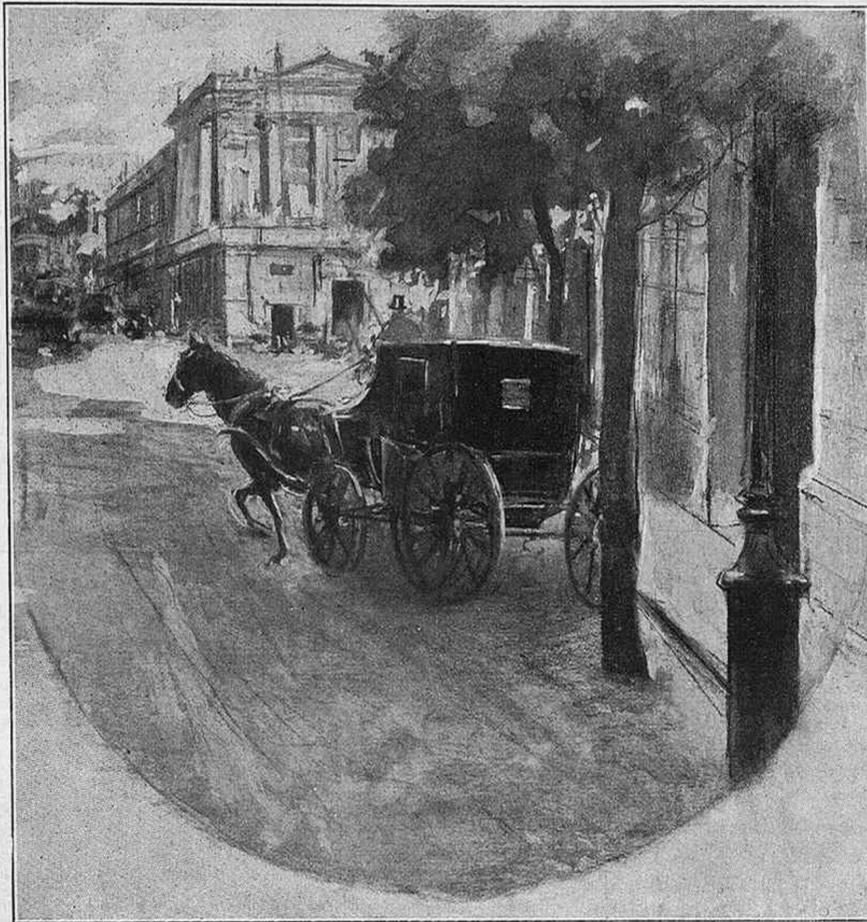
—Lo que tengo que decirle, caballero, es, en efecto, tan importante y tan urgente, que me he permitido presentarme en su casa muy de mañana... Ha comprendido usted que estoy encargado de un mensaje de la señora de Darrás...

—Una pregunta ante todo... ¿Ha visto usted á la señora de Darrás ó le ha escrito á usted?..

—La he visto.

—Permítame, entonces, que me asombre de que no haya usted insistido con ella para que se dirigiera á mí directamente. Con la alta idea que yo tenía del Sr. Euvrard, matemático superior, cuyo talento admiramos mis compañeros y yo, confieso que me extrañó el saber su primera entrevista con ella. No soy un ilustre sabio como usted, caballero; pero si una mujer casada se dirigiese á mí, á espaldas de su marido, para un punto relativo á su matrimonio, la detendría inmediatamente. Es verdad que no soy tampoco sacerdote y sólo soy un hombre honrado que practica sencillamente la moral laica.

(Continuará.)



El ruido de un coche acabó de demostrarle... (Véase pág. 373.)

*hecho del matrimonio la obligación de alimentar, sostener y educar á sus hijos... La mujer debe obediencia al marido...»*

—¿Juntos?, pensaba. Pero ¿y si la mujer se niega á desempeñar su papel de esposa?.. Entonces se anula su derecho y el padre conserva el suyo...

Por este sofisma trataba de acallar un escrúpulo que procedía del conjunto de sus ideas sobre la sociedad, singularmente contradictorias, como las de muchos moralistas de su tipo, en los cuales el cuidado del bien general se asocia con principios de un individualismo fundamentalmente anárquico. Hablaba siempre de conciencia y también Gabriela había invocado la suya. Al pedirle que su matrimonio fuese celebrado católicamente, ¿á qué obedecía? A su conciencia. ¿A quién había obedecido al marcharse? A su conciencia también.

—Una vez hecho un contrato, es definitivo, pensaba Darrás cuando aquella objeción pasaba por su mente. Siendo mi mujer, no era libre para hacer lo que ha hecho...

Pero él, ¿cómo iba á hacer para reivindicar su derecho á tener su hija? Pasó todo el día debatiendo consigo mismo el momento de dar el primer paso, que era sencillo sin embargo. No queriendo en modo alguno recurrir á la policía, debía consultar con un abogado. Tenía uno muy seguro y muy hábil en su Banco, pero consultarle era ponerle al corriente de su tragedia con Gabriela y acusar á ésta.

Por un fenómeno muy natural en su sensibilidad, esa perspectiva reanimaba su amor, y Darrás prorrumpía indefinidamente en esta letanía de angustia:

—¡Se ha marchado! ¡Se ha marchado! ¿Cómo ha podido hacerlo?..

Después de otra noche de penas y de incertidumbres, acabó por pensar:

—Es una cobardía vacilar más. Voy á hablar á Carrier.

Era el nombre del abogado.

Después de esperar el correo, salió de casa para ir á ver á aquel hombre que vivía en el otro extremo de París, y tales eran las incoherencias de sus nervios excitados por la incertidumbre y el insomnio, que al no encontrar á Carrier experimentó un alivio

A las once menos cuarto salían D. Alfonso y M. Loubet de Nuestra Señora; pocos minutos después, entraban en el Hotel de Ville, hermosamente adornado con profusión de flores, en cuyo salón de fies-

Cerca de la una, llegaban S. M. y el presidente á la embajada de España, en donde se celebró un almuerzo de gala, terminado el cual el rey recibió en el salón del trono á la colonia española, siéndole entonces ofrecido por la Cámara de Comercio española de París un Libro de Oro, iluminado por Atalaya y adornado con multitud de piedras preciosas. Alas

Por la noche asistió S. M. á la recepción del Eliseo, que fué realmente espléndida.

*Día 2 de junio.*—A las nueve menos cuarto salieron el rey y el presidente para Saint-Cyr, en donde visitaron la Escuela Militar, á cuyos alumnos pasaron revista en el campo de maniobras de Jena. Desde la tribuna presidencial presenciaron el *carrousel* que ejecutaron con gran destreza los subtenientes alumnos de la Escuela de Caballería de Saumur, y terminado el cual M. Loubet regaló á D. Alfonso un magnífico caballo, que fué bautizado por S. M. con



ARCO DE TRIUNFO ERIGIDO EN EL CAMPO DE CHALONS.

tas el alcalde de París M. Brousse y el prefecto M. de Selves saludaron en nombre de la ciudad al joven



EL REY BESANDO Á LA MUSA DE LA ALIMENTACIÓN.  
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

monarca, quien contestó agradeciendo la acogida que París le dispensaba. Después de firmar en unión

seis abandonó don Alfonso el palacio de la embajada y se dirigió á su residencia.

Por la noche asistió á la función de gala de la Opera, que ofrecía un aspecto fantástico y deslumbrador, así por la profusión de luces y flores que adornaban la sala, como por la riqueza y elegancia de los trajes y joyas de las señoras que llenaban las localidades. Representáronse la ópera de Saint-Saens *Sansón y Dalila* y el baile *La Maladetta*, que fueron muy aplaudidos por D. Alfonso, quien llamó á su palco y felicitó á los principales artistas.

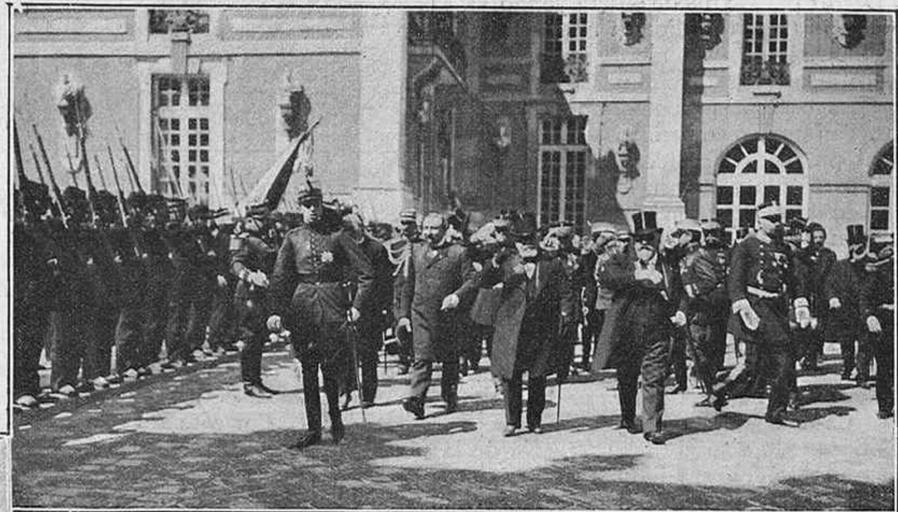
A la salida de la Opera, ocurrió el atentado á que antes nos hemos referido y del que salieron por fortuna ilesos los dos jefes de Estado contra los cuales iba dirigido.

*Día 1.º de junio.*—



LLEGADA DEL REY Á CHALONS. (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

el nombre de Saint-Cyr. Después del almuerzo, que se celebró en el comedor de la Escuela, partieron el rey y el presidente para Versailles, cuyo magnífico palacio visitaron detenidamente, dirigiéndose luego



EL REY PASANDO REVISTA DEL BATALLÓN DE HONOR EN EL PALACIO DE VERSAILLES.  
(De fotografía de M. Rol y C.ª)

Después de oír misa á las siete y media en la capilla de Santa Clotilde, el rey, acompañado de M. Loubet, partió para el campo de Chalons, en donde numerosas fuerzas de

al Aero-Club de Francia, en donde presenciaron una interesante fiesta aeronáutica. Desde allí fueron al Automóvil Club, que habia organizado en honor del regio huésped un corso florido de automóviles.

Por la noche asistió D. Alfonso, siempre acompañado por M. Loubet, á la función de gala de la Comedia Francesa; en uno de los entreactos, S. M. se hizo presentar á los artistas que habían tomado parte

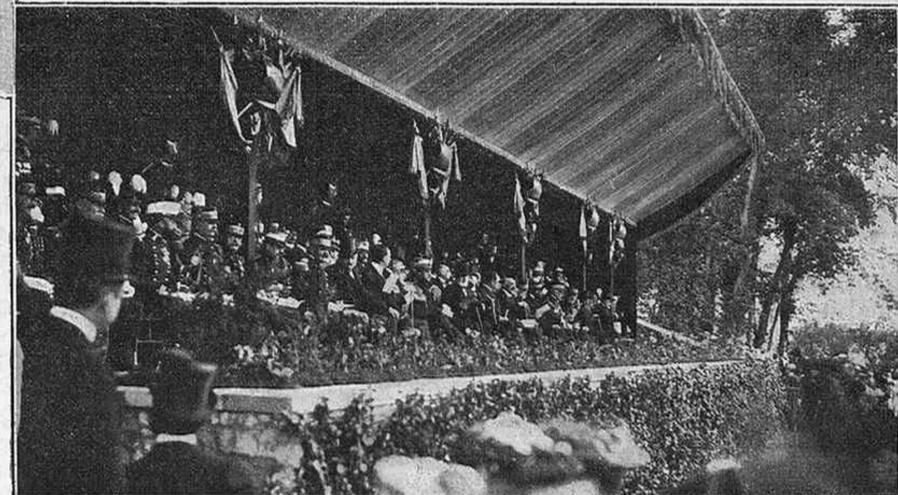


EL REY SALUDANDO LAS BANDERAS EN LA REVISTA MILITAR DE CHALONS.  
(De fotografía de «Photo-Presse.»)

de M. Loubet el pergamino que ha de conmemorar su visita, recorrió el palacio, en una de cuyas salas estaba expuesto el magnífico presente que le ofrece la ciudad de París y que consiste en un centro de mesa, dos fuentes y dos candelabros con preciosas esculturas de Lelievre, ejecutadas por Risler y Carré. Terminó la visita con un *lunch*, en el que cambiaron afectuosos brindis el alcalde y S. M.

La fiesta de los Mercados, en extremo pintoresca, coronó dignamente la excursión de la mañana: en ella, la Musa de la Alimentación, linda vendedora elegida por sufragio universal, presentó al rey un hermoso ramo, acompañando su ofrenda con sentidas palabras; D. Alfonso la besó en ambas mejillas y en aquel momento la manifestación popular fué verdaderamente delirante.

infantería, caballería y artillería ejecutaron brillantemente diversas maniobras que excitaron el entusiasmo de D. Alfonso. Terminadas éstas ofrecióse al rey un espléndido *lunch* dispuesto en una tienda de campaña y después del cual todas las fuerzas que habían tomado parte en las maniobras desfilaron por delante de D. Alfonso y de M. Loubet.



EL REY EN SAINT-CYR PRESENCIANDO DESDE LA TRIBUNA DE HONOR EL CARROUSEL DE LOS ALUMNOS DE LA ESCUELA DE CABALLERÍA DE SAUMUR.  
(De fotografía de M. Rol y C.ª)



EL REY RECIBIDO POR EL PRESIDENTE DEL AERO-CLUB.

en la representación, conversando familiarmente con todos ellos.

*Día 3 de junio.*—A las diez de la mañana llegaron el rey y el presidente al hipódromo de Vincennes. S. M. montó inmediatamente á caballo y pasó revista á las tropas, que se hallaban formadas en cuatro líneas, presentándose la infantería en masa de regimientos, la artillería en línea de columnas por secciones y la caballería por regimientos en columnas cerradas. Terminada la revista, situóse D. Alfonso en la tribuna de honor, que estaba elegantemente adornada con panoplias y banderas, y en seguida comenzó el desfile, que resultó brillante y que concluyó con la carga de toda la caballería al galope, parando en seco á 50 metros de la tribuna, maniobra que ejecuta aquélla de una manera admirable.

A su regreso de la revista, M. y Mme. Loubet ofrecieron á D. Alfonso un almuerzo militar en el Elíseo; S. M. pronunció un sentido brindis expresando la admiración que el ejército francés le había causado; M. Loubet contestó con otro agradeciendo estos elogios y dedicándolos á su vez al ejército español. Poco después retiróse el rey á su residencia, en donde recibió á una delegación de los franceses que poseen condecoraciones españolas, la cual le ofreció un magnífico servicio de mesa, acompañado de un rico Libro de Oro con las firmas de los que le hacían el regalo.

Luego asistió al tiro de pichón del aristocrático Círculo del Bosque de Boulogne, en donde permaneció dos horas deliciosas dedicándose á uno de sus deportes favoritos y demostrando sus dotes de habilísimo tirador.

Por la noche celebróse en la embajada de España el banquete con que Su Majestad obsequió á M. y á madame Loubet; fué una fiesta digna del regio anfitrión y de sus ilustres invitados. Uno

tunas observaciones y por su amable familiaridad. Por la tarde, después de recibir á la delegación del Comité de las fiestas franco-españolas, asistió Su Majestad, acompañado de M. Loubet, á las carreras de caballos de Auteuil. A pesar de la lluvia, la fiesta resultó magnífica; el *pesage* estaba convertido en un hermoso jardín; en las tribunas se veían las damas de la más alta sociedad francesa rica y elegantemente ataviadas, y en la *pelouse* hormigueaba una multitud inmensa que ofrecía el más pintoresco golpe de vista.



LLEGADA DEL REY AL AERO-CLUB. (De fotografías de «Photo-Presse».)

y otros asistieron luego á la función de gala parlamentaria de la Opera: cantóse la ópera *Sigurd*, y el aspecto del teatro, sin dejar de ser hermoso, distaba mucho, así por la calidad de la concurrencia, como por la elegancia y riqueza de las *toilettes*, del que ofrecía la sala en la representación de gala anterior.

*Día 4 de junio.*—Después de haber oído á las once misa en la capilla española de la avenida Friedland, dirigióse D. Alfonso al Louvre. Esta visita no figuraba en el primitivo programa formulado por el protocolo, pero el rey no quiso salir de París sin haber visto el célebre museo. Recibido por el subsecretario de Bellas Artes M. Dujardin-Beaumetz, recorrió S. M. las principales salas del citado museo, admirando las obras maestras que en ellas se conservan y encantando á cuantos le acompañaban por sus opor-

Terminado el espectáculo, regresó S. M. á su residencia, y poco después asistía al suntuoso banquete dispuesto en su honor y en el de M. Loubet por el ministro de Negocios Extranjeros. Después de la comida efectuóse en el salón del Reloj, magníficamente decorado, una velada teatral, en la que tomaron parte los principales artistas de la Opera y de la Comedia Francesa.

Cerca de las doce, el rey y el presidente de la República salieron del Ministerio de Negocios Extranjeros y se dirigieron á la estación de los Inválidos; poco después, D. Alfonso se despedía afectuosamente de M. Loubet y subía al tren que debía llevarle á Cherburgo.

Dada la señal de partida, el tren se puso en marcha entre grandes aclamaciones.—X.

◀ ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE ▶  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

## VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Dentición

## JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, y en todas las Farmacias del Globo.

## HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

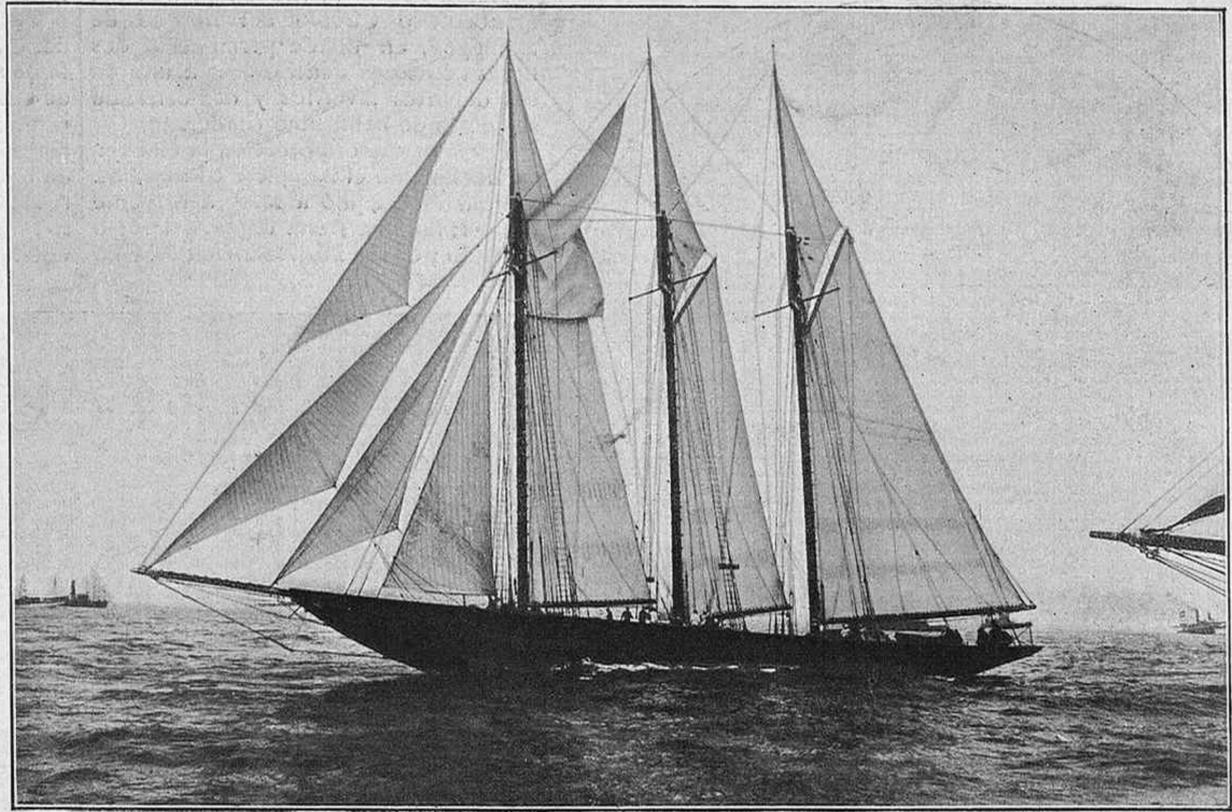


## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



COPA OFRECIDA POR EL EMPERADOR DE ALEMANIA PARA LA PRUEBA LLAMADA «COPA IMPERIAL DEL OCEANO.»



EL YATE AMERICANO «ATLANTIC» GANADOR DE LA COPA DEL EMPERADOR DE ALEMANIA EN LA TRAVESÍA A LA VELA DEL ATLÁNTICO, DESDE SANDY-HOOK (AMÉRICA) HASTA EL CABO LIZARD (INGLATERRA.) (De fotografía de «Photo-Nouvelles,» de París.)

La llamada «Copa imperial del Océano» ha sido una de las pruebas del deporte náutico que más interés han despertado, de muchos años á esta parte, en el mundo del *yachting*, y ha consistido en hacer en yate á la vela la travesía del Atlántico, desde el faro de Sandy-Hook (Estados Unidos) hasta el cabo Lizard (Inglaterra). En ella han tomado parte once yates (ocho norteamericanos, dos ingleses y uno alemán) que salieron de Sandy-Hook el 17 de mayo último, habiendo resultado vencedor el *Atlantic*, de Mr. Marshall, del «New York Yacht Club,» mandado por el capitán Carlos Barr y tripulado por *yachtmen* americanos, que ha llegado felizmente á la meta á las 9 y 18 minutos del 29, después de 12 días y cuatro horas de travesía. El recorrido ha sido de 3.000 millas. La copa regalada por el emperador de Alemania es de oro macizo, tiene un metro de altura y su valor material se estima en mil libras esterlinas.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
**ROB**  
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
cura las  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.  
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,  
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,  
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
**HEMOSTÁTICA**  
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

AVISO Á  
LAS SEÑORAS  
EL ANIOL DE LOS  
JORET-HOMOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, REÍARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F. G. SÉQUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PREP. 52.  
en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOSES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et Co. B. St-Denis, 26

**LA SAGRADA BIBLIA**  
EDICIÓN ILUSTRADA  
á 10 centimos de peseta la  
entrega de 16 páginas  
Se envían prospectos á quien los solicite  
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.  
**PILULE**  
de **BLANCARD**  
APROBADAS  
por la  
Academia  
de  
MEDICINA  
al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE  
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES  
DEPÓSITO: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

**BORICINA**  
**MEISSONNIER**  
REMEDIO SOBERANO  
contra las Enfermedades de la PIEL  
y de las MUCOSAS, higiene del  
TOCADOR (Soins intimes)  
EMPLEADA CON INMENSO ÉXITO  
en los Hospitales de Paris.  
Para evitar las Falsificaciones, envíase la  
caja al lado, entera y sellada.  
DEPÓSITO: 17, Rue Cadet, Paris y principales Farmacias.